

FENICIOS A LAS PUERTAS DE TARTESSOS

José Luis Escacena Carrasco*

RESUMEN.- Las recientes excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en el Cerro de San Juan de Coria del Río (Sevilla) han puesto al descubierto parte de un yacimiento identificado con la antigua Caura. El promontorio, estratégicamente situado en la paleodesembocadura del Guadalquivir, conoció en época tartésica la implantación de un barrio fenicio que puede interpretarse como un puerto de comercio. La comunidad semita construyó un santuario en el que se ha localizado una capilla que contenía un altar en forma de piel de toro. Dicho sitio puede corresponder al Mons Cassius citado por Avieno.

Phoenicians at Tartessos' door.

ABSTRACT.- Recent archaeological excavations carried out in the site of Cerro de San Juan (Coria del Río, Seville) have discovered part of the ancient city of Caura. The promontory was strategically located in the old Guadalquivir's mouth and gave shelter to a phoenician district destined to be a port of trade in tartesic times. The oriental population built a sanctuary whose most sacred place had a 'cow skin' altar. According to archaeological research the shrine could be identified with the Mons Cassius referred to by Avienus.

PALABRAS CLAVE: Edad del Hierro, Tartessos, Santuario, Altar, Fenicios.

KEY WORDS: Iron Age, Tartessos, Sanctuary, Altar, Phoenicians.

1. INTRODUCCIÓN

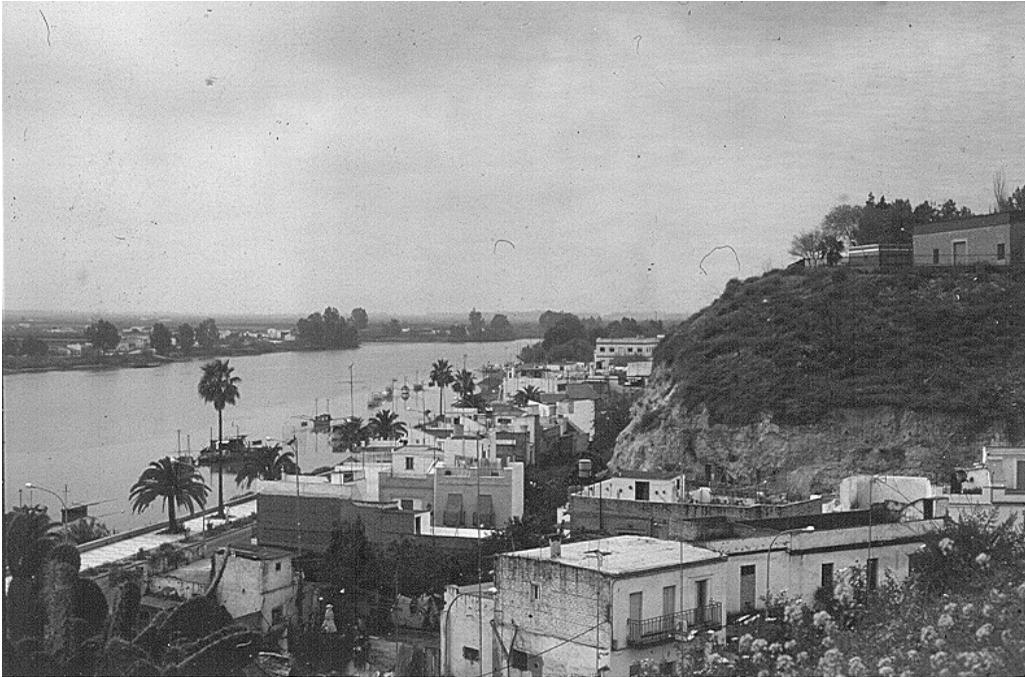
Las investigaciones arqueológicas recientes en el Cerro de San Juan de Coria del Río (lám. I) se inician con la aprobación a partir de 1993, por parte de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, del *PROYECTO ESTUARIO (Análisis del Poblamiento y Secuencia Cultural durante el Holoceno en la Antigua Desembocadura del Guadalquivir)*. Ese plan de investigaciones sistemáticas ha llevado a cabo sobre todo tres tareas: recopilación de la información preexistente, prospecciones superficiales del entorno y excavaciones arqueológicas. Estas últimas han atendido tanto a campañas planificadas de antemano como a intervenciones de urgencia.

El análisis de toda la documentación que se conocía de este cabezo, que puede identificarse con la antigua ciudad de *Caura* y que constituye el germen de la actual Coria del Río, condujo a una monografía de síntesis en la que se pudo apuntar ya el enorme potencial arqueológico del sitio y de sus inmediatos alrededores (Escacena 1993).

En la literatura arqueológica, el Cerro de San Juan se conoce como tal yacimiento al menos desde

la época de Rodrigo Caro (1634: fol. 116 vto.), pero no había sido objeto de atención continuada ni de un proyecto centrado en esta zona. En cualquier caso, su importancia fue asumida en múltiples estudios parciales sobre hallazgos producidos en él. Aludiendo a una inspiración submicénica, A. Blanco (1976: 10) prestó especial atención a un vaso procedente de este promontorio o del vecino Cerro de Cantalobos (lám. II). Y precisamente por haberse considerado en ocasiones una posible importación oriental anterior a la colonización fenicia, dicho recipiente ha sido de nuevo usado como testimonio de esos contactos mediterráneos de finales del segundo milenio a.C. (Almagro-Gorbea y Fontes 1997: 346-347). De todas formas, este polémico vaso y otro de más clara raigambre fenicia fueron estudiados por otros autores (Pellicer 1976-78: 20; Belén 1986: 266; Belén y Pereira 1985: 333-335). Distintos hallazgos procedentes del Cerro de Cantalobos, junto al de San Juan, sugieren la presencia allí de un cementerio del Hierro Antiguo (Ruiz Mata 1977: 98-108). En cualquier caso, también han sido objeto de publicación una serie de testimonios aparecidos en contextos más imprecisos (Storch 1989: 442). Además, un asador de bronce dado a conocer por F. Fer-

* Departamento de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Sevilla. C/María de Padilla, s/n. 41004 Sevilla. arquesca@cica.es

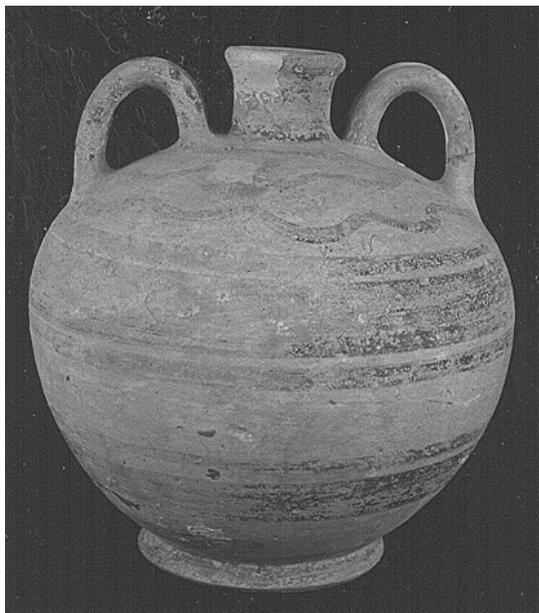


Lám. I.- El Cerro de San Juan (a la derecha) en relación con el Guadalquivir.

nández Gómez (1982: 393) se halló al parecer en el mismo Cerro de San Juan, en concreto en el área del santuario aquí estudiado¹.

La época turdetana ha sido objeto de menor atención en la bibliografía anterior a las recientes excavaciones arqueológicas. De todas formas, son múltiples las referencias que hacen alusión, entre otros materiales, a sus cerámicas (Belén 1993: 53; Escacena 1983: 80; Escacena y Belén 1997: 57) y a las monedas emitidas por la ceca de *Caura* (Chaves 1993). Tampoco

abordaremos aquí el estudio de esta fase, sobre todo porque los datos hasta ahora controlados sugieren que el barrio fenicio y el templo que lo aglutinaba fueron abandonados después de la etapa colonial de los momentos tartésicos. En la vajilla cerámica local se observan influencias púnicas o de vieja tradición fenicia también durante la segunda Edad del Hierro; pero tales características responden a pautas generalizadas en toda la región, y no a singularidades de la ciudad de *Caura*. En consecuencia, la presencia directa fenicia solo parece evidente durante la etapa tartésica orientalizante.



Lám. II.- Vaso procedente de Coria del Río que guarda el Museo Arqueológico de Sevilla. (Foto Mario Fuentes).

2. HOY Y AYER DEL PAISAJE LOCAL

El Cerro de San Juan se encuentra en pleno casco urbano de Coria del Río. Su carácter de cabezo confiere al lugar la cualidad de ser hito en el paisaje debido a dos factores que se desprenden de su misma naturaleza. Por un lado, la altura relativa hace resaltar al otero en el entorno como referente visual para el que lo observa en la lejanía. Por otro, su propia elevación permite el dominio del paisaje circundante: el río con su tráfico naval y, más allá, su vega con la torre medieval del Cortijo de los Herberos, solar de la ciudad antigua de *Orippe*. Estos matices, que aún hoy le otorgan al Cerro de San Juan unas peculiaridades estratégicas singulares, no pasarían desapercibidos en época protohistórica (lám. I).

Desde el punto de vista geográfico, la ubicación actual de Coria del Río, en el punto en que el Guadal-



Fig. 1.- Situación de la ciudad de *Caura* y de otros asentamientos del entorno en el contexto geográfico de la paleodesembocadura del Guadalquivir en época tartésica. 1. *Caura* (Coria del Río); 2. Cerro de la Albina (La Puebla del Río); 3. *Oripipo* (Torre de los Herberos); 4. *Oset* (San Juan de Aznalfarache); 5. *Hispalis* (Sevilla); 6. El Carambolo (Camas); 7. Cerro Macareno; 8. Carmona; 9. *Ilipa* (Alcalá del Río).

quivir se despega del Aljarafe para penetrar en Las Marismas, es producto del devenir histórico y geomorfológico, puesto que la configuración de la costa antigua dista mucho de ser la misma que presenta en la actualidad. Si la desembocadura se encuentra hoy a unas decenas de kilómetros de las localidades de Coria y La Puebla del Río, a finales de la Edad del Bronce ésta se situaba en las inmediaciones del Cerro de San Juan (fig. 1). Así pues, la reconstrucción paleogeográfica del entorno supone un paso primordial para la comprensión del mismo y de la historia más antigua de *Caura*. En este sentido, los intentos se han llevado a cabo a partir de la utilización de dos tipos de fuentes. Unas veces se ha echado mano de los textos, especialmente de los comentarios de Avieno con relación a la desembocadura del Guadalquivir (*Or. Mar.* 265-306). La otra línea de investigación se ha centrado en los estudios que tratan la formación geológica de la actual comarca de Las Marismas (Gavala 1959; Menanteau 1982; Borja y Díaz del Olmo 1994; Arteaga y otros 1995). Ambas han venido a aportar conclusiones similares, puesto que se han corroborado las noticias de Avieno sobre la existencia de un golfo marino a los pies de las antiguas bocas del río, lo que en época romana fue el lago Ligustino. Esta ensenada atlántica, origen de la actual comarca marismeña, alcanzó su mayor extensión a mediados del Holoceno, durante el máximo transgresivo flandrien-

se. Hacia el 2000 a.C., los limos aportados por el Guadalquivir acabarían por formar un delta interior, lo que motivó el desplazamiento paulatino de la desembocadura y el relleno progresivo de la cubeta del golfo. En época tartésica, el delta se encontraba en las inmediaciones del Cerro de San Juan, en el punto conocido con el nombre de “Estrecho de Coria” (Arteaga y otros 1995: 109). Aguas arriba se fue conformando una llanura de inundación que llegó al menos hasta la Sevilla protohistórica. En época turdetana, el relleno del golfo dio lugar a que puntos que tiempo atrás estaban en la costa quedaran después bañados por las aguas saladas solo durante la pleamar. Éstos son los esteros de los que se hacen eco las fuentes de época grecolatina (Estrabón III, II, 4-5).

En sus comentarios a la *Ora Maritima*, A. Schulten señala que “El lago ligustino es la marisma más abajo de la ciudad de Coria”, y que “el río, cuando baja lleno por efecto de las lluvias, aún hoy suele formar un lago” (Schulten 1955: 115). Estas características se han reproducido en las últimas inundaciones, con las abundantes precipitaciones de otoño-invierno de 1996 a 1998, cuando las aguas del río ocuparon la marisma hasta reproducir en parte la línea costera del viejo golfo (lám. III).

En una posición menos precisa se encuentra el conocimiento del entorno ambiental del estuario del Guadalquivir tartésico. En la investigación del paisaje

inmediato al yacimiento se acusa la falta de análisis polínicos, antracológicos e incluso faunísticos². Alguna de las pocas reconstrucciones realizadas sostiene la existencia de un medio de tipo mediterráneo con masa arbórea compuesta de encina, alcornoque, acebuche y pino piñonero, además de arbustos como el lentisco, la jara, la aulaga y el romero (Díaz del Olmo 1989: 16-20). Los testimonios que aportan las fuentes escritas grecolatinas y la propia cultura material constituyen otra fuente a la que se ha recurrido para paliar la falta de datos. De ellos se puede concluir que la cantidad de ciudades a orillas del golfo delataría un entorno natural de abundantes recursos. Esta amplia oferta se basa en la fecundidad de las tierras, un factor de estabilidad descompensado por la irregularidad de las precipitaciones (Vanney 1970; Menanteau y Vanney 1985), que se caracterizan por ciclos cortos de sequía que debieron afectar con cierta intensidad a las poblaciones de la región.

El río y el estuario debieron de funcionar como vías de comunicación para la entrada y salida de productos, pero de este tramo final de la red hídrica, así como de los humedales asociados a ella, se extrajeron también abundantes recursos alimentarios según han demostrado los restos arqueozoológicos recuperados en las distintas intervenciones arqueológicas. Las monedas de las cecas turdetanas ribereñas del estuario del Guadalquivir presentan en sus tipos algunas de las bases económicas comarcales: la pesca en *Caura* (Corria del Río) y en *Conobarria* (Las Cabezas de San Juan), la ganadería en *Oripo* (Torre de los Herberos, Dos Hermanas), la vid en *Osset* (San Juan de Aznalfarache), la agricultura cerealista en *Ilipa* (Alcalá del Río), la explotación del bosque de pinos en *Olont* (Aznalcázar), etc.

3. PANORAMA DEL POBLAMIENTO PREHISTÓRICO

El interés de los fenicios por asentarse en la entrada del Guadalquivir no se comprende bien sin un análisis de la ocupación antrópica de la comarca a finales de la Edad del Bronce. Por tanto, nunca será demasiado el espacio que en este trabajo dediquemos a dicho tema.

La interpretación de los datos que se poseen es aún problemática, porque, como en tantas otras ocasiones ocurre con la documentación arqueológica, la misma información de partida ha conducido a metas dispares según el enfoque teórico y metodológico elegido. El nuestro no puede ser desarrollado en este apartado en sus máximas consecuencias, por lo que remitimos al lector a trabajos que, junto a otros colegas, hemos desarrollado en distintas ocasiones (Belén y Escacena 1992, 1995a).



Lám. III.- Cuando se inundan las marismas del Guadalquivir se recupera en parte el antiguo paisaje.

Hasta hace poco, las más viejas comunidades agropastoriles de esta parte del Bajo Guadalquivir habían sido detectadas en la zona de Lebrija (Caro y otros 1986) y en sus alrededores (Lavado 1987: 126). Más al norte, las características geológicas del Aljarafe supusieron tal vez un serio impedimento para la tecnología agrícola con que estas gentes contaban. Por una parte, las gravas y arenas de la parte meridional de la comarca, desde la desembocadura del río Pudio en el golfo-estuario hacia el sur, originan suelos muy poco fértiles; por otra, los barros arcillosos rojos y amarillos de más arriba eran incómodos y duros para una agricultura de azada manual. En tercer lugar, no hay que pensar para esta época en un cultivo sistemático de las márgenes del río inmediatas a su cauce, porque estas vegas solo existían en realidad aguas arriba de Sevilla.

No obstante, el *Proyecto Estuario* ha podido asignar a época neolítica un yacimiento descubierto en el término municipal de La Puebla del Río que cuenta con algún microlito geométrico, y que puede catalogarse como taller de industrias líticas asociado a un afloramiento de gravas y arenas con nódulos de sílex. Este tipo de estación es bien conocido ya en áreas más meridionales de las cuencas del Guadalquivir y del Guadalete (Ramos y otros 1989). En este sentido, el hallazgo en el propio Cerro de San Juan de un fragmento de vaso a la almagra correspondiente a una de las variedades más características del Neolítico Medio de tipo Zuheros, cobra mayor interés a pesar de constituir un elemento procedente de niveles estratigráficos de la Edad del Hierro. Todos estos nuevos documentos deben encuadrarse en un panorama cada vez más fecundo de asentamientos neolíticos al aire libre en el valle inferior del Guadalquivir, evidenciado tanto en las márgenes del antiguo golfo-estuario (Arteaga y otros 1995: 130) como en las vegas de algunos de sus afluentes (Fernández Caro y Gavilán 1995). Para el tramo final de esta fase neolítica, la comarca ha proporcionado un interesante yacimiento cuya excavación ha demostrado la explotación de la

sal marina del golfo-estuario en unas fechas que pueden situarse en torno al 3000 a.C. (Escacena y otros 1996).

Pero la ocupación prehistórica más intensa de la comarca del Aljarafe se producirá en la Edad del Cobre. Los asentamientos alcanzan ahora un número importante, aunque generalmente restringen su ubicación a los bordes de la meseta, porque allí disponen de importantes cauces fluviales que se utilizan como fuente de recursos y como vías de comunicación. Al sur, un pequeño poblado de cabañas alineadas en paralelo con la margen oriental del estuario, controlaba desde los cerros de Cantalobos y San Juan, en Coria, las bocas del río. Las excavaciones recientes en este punto han dado a conocer un conjunto significativo de cerámica correspondiente tanto a la fase precampaniforme como a la campaniforme. Guadalquivir arriba, el Cerro del Carambolo conoció también a fines del Calcolítico un primer asentamiento anterior al de época tartésica que ha dado fama al yacimiento (Ruiz Mata 1978-79: 45-46, fig. 18). Por el flanco del Guadiamar, la propia Aznalcázar surge ya en estas fechas, hacia mediados del tercer milenio a.C. (Rodríguez de Guzmán y Cáceres 1988: 377; Serna 1989: 76), y más al norte se conocen otros interesantes sitios aún por estudiar en los términos de Benacazón y de Sanlúcar la Mayor. Pero la verdadera capital de la zona se ubicó desde luego en Valencina de la Concepción, un poblado que cuenta ya con una fecunda literatura arqueológica. Como auténtica capital prehistórica del Aljarafe y de su entorno, Valencina controló las actividades económicas de otros muchos puntos satélites de la comarca. Posiblemente albergó un enorme granero colectivo constituido por cientos de silos excavados en las calizas del subsuelo, a modo de una gran despensa defendida por taludes de tierra, empalizadas y enormes zanjas.

Las excavaciones llevadas a cabo en Valencina de la Concepción (Ruiz Mata 1983; Fernández Gómez y Oliva 1985), en Sanlúcar la Mayor (Fernández Gómez y otros 1976), en El Carambolo (Carriazo 1973: fig. 418), y ahora en Coria del Río (Escacena e Izquierdo 1994), vienen dando a conocer, en fin, para la Edad del Cobre y para la posterior Edad del Bronce, un panorama complejo desde el punto de vista de la organización social y económica de los grupos prehistóricos aljarafeños. Se asiste por una parte a una gran concentración de riqueza y de poder durante el Calcolítico en su zona norte, pero a la vez pequeños grupos de campesinos, de pastores y de pescadores viven de la explotación de cañadas secundarias, como la del río Pudío o la Cañada Fría de Almensilla, y de la riqueza fluvial y marítima en la parte que da al Guadiamar, en las márgenes del estuario del Guadalquivir y en la antigua línea de costa que discurría desde La Puebla del Río hasta Aznalcázar por el flanco

meridional. La centralización que impuso Valencina como auténtico núcleo hegemónico de la región se manifestó con toda seguridad también en el ámbito religioso, pues el hallazgo de idolillos es por ahora exclusivo de este asentamiento (Fernández Gómez y Oliva 1980). Sólo cuando a comienzos del segundo milenio a.C. empezó a desplomarse esta situación, pudieron acceder al territorio otros grupos que por entonces comenzaban a germinar. Uno de sus más claros exponentes procede del yacimiento arqueológico de Chichina, en Sanlúcar la Mayor. Los enterramientos localizados en este sitio pertenecen a una comunidad más vinculada a tradiciones culturales de la zona onubense, de manera que constituyen una de las avanzadillas más orientales del Horizonte de las Cistas del Suroeste, y desde luego la más próxima al Guadalquivir, río que pudo representar una auténtica frontera para la dispersión de tales grupos desde el oeste.

A pesar de que conocemos sitios ocupados durante el Bronce Antiguo en la propia Valencina de la Concepción, en Santa Eufemia (Tomares) (Buero y otros 1978), y ahora también en el Cerro de San Juan de Coria del Río, no parece que entre esta fase y el Bronce Final haya garantías documentales de una secuencia ocupacional ininterrumpida. Entre ambos periodos se viene situando en el Guadalquivir inferior y medio el mundo de la cerámica de tipo Boquique (Martín de la Cruz 1989; Pellicer 1989: 156), con lo que ésta representaría uno de las variedades más características del Bronce Medio de la zona por su posición cronológica intermedia entre el Bronce Antiguo y el Bronce Final tartésico. Su ausencia del Aljarafe, donde no ha sido localizada hasta la fecha, puede ser indicio de un hiato poblacional que afectaría en especial a la segunda mitad del segundo milenio a.C. Con mayor o menor amplitud cronológica, esta interrupción de la secuencia cultural ha sido observada en muchos otros yacimientos de Andalucía occidental (Belén y Escacena 1992: 73), lo que muestra un panorama todavía por valorar en sus últimas consecuencias.

Los que proponemos esta desconexión demográfica y cultural entre las poblaciones tartésicas y las que las precedieron en la ocupación del territorio hemos avanzado distintas hipótesis para explicar la reocupación. M. Bendala ha sostenido migraciones de procedencia mediterránea (Bendala 1977, 1986); pero otros investigadores han vinculado el fenómeno a grupos atlánticos de vieja raíz indoeuropea que serían los que darían lugar a las gentes que la literatura antigua conoció primero como tartesios y luego como turdetanos (Escacena 1989; Belén y Escacena 1992). El efecto más importante de esta posición a la hora de explicar el origen del mundo tartésico es, en primer lugar, asumir que, a la llegada de los fenicios, la población local no constituía la herencia de aquellos grupos que hemos visto en la comarca desde época

calcolítica al menos. Por tanto, no puede hacerse un análisis continuista de la situación precolonial desde dos milenios atrás con los datos locales, lo que afecta tanto a las interpretaciones de la cultura material como a la reconstrucción del panorama sociopolítico. Por consiguiente, el grado de “urbanismo” alcanzado por las sociedades de la Edad del Cobre, su correspondiente complejidad social y sus recursos tecnológicos, no son útiles para explicar el panorama que los fenicios encontraron a su llegada a Tartessos. Las raíces que sirven para comprender este mundo hay que buscarlas más bien en el denominado Bronce Atlántico (Ruiz-Gálvez 1998), cuyos orígenes deben situarse en regiones extratartésicas si damos un repaso a la secuencia cronológica relativa que muestran sus evidencias arqueológicas. Por eso preferimos llamar población “residente”³ a estos grupos que ocupaban el Guadalquivir cuando comienza la colonización fenicia.

Desde esta perspectiva, vaya nuestro primer rechazo para un trabajo propio que vio la luz hace ya casi dos décadas (Escacena 1983), porque no vimos entonces las interrupciones de la secuencia cultural que ahora proponemos. Pero también es necesaria una recalificación al menos parcial de la cronología generalmente asumida para los asentamientos que rodean las bocas del antiguo estuario del Guadalquivir, lo que motiva no solo la propuesta de unas nuevas fechas fundacionales, sino también distintas posibilidades teóricas de adscripción cultural de las que se han sostenido hasta ahora por la mayor parte de los investigadores.

En la cabecera del estuario, es decir, en el punto máximo de penetración de los efectos mareales, se situaba la ciudad de *Ilipa*, la actual Alcalá del Río. La época tartésica de este asentamiento se conoce solo a través de hallazgos arqueológicos casuales (Ruiz Mata 1977; Correa 1985). De este topónimo se han deducido, no obstante, interesantes interpretaciones sobre su posible vinculación lingüística a la lengua tartésica (Correa 1994). Río abajo existía otro importante enclave en el Cerro Macareno, en San José de la Rinconada. Las excavaciones llevadas a cabo en este *tell* han revelado su fundación en época tartésica colonial, porque las importaciones de cerámica a torno oriental están constatadas desde el estrato inferior (Pellicer y otros 1983: fig. 75, nº 348). Se desconoce el nombre antiguo de este sitio, como también el del Cerro de la Cabeza de Santiponce, otro yacimiento que nace a comienzos del Hierro Antiguo (Domínguez y otros 1988)⁴.

Más al sur, Sevilla marca el punto de inflexión del estuario en el que es posible ya la navegación para embarcaciones marítimas. F. Collantes de Terán advirtió que ésta es la razón fundamental de su nacimiento y de la mayor importancia que poco a poco adquirió en el conjunto de puertos fluviales de la zona

(Collantes de Terán 1977: 37-54). Ya Rodrigo Caro (1634: 3-5) recogió la tradición literaria y mítica de su fundación hercúlea, y la arqueología reciente sostiene que los niveles estratigráficos más profundos pertenecen a época colonial a pesar de no contener en algunas áreas urbanas cerámica a torno (Campos y otros 1988: 127). Desde la lingüística, diversos estudios han sostenido que el nombre más antiguo de la ciudad (*Spal* > *Hispalis*) es de origen fenicio (Díaz Tejera 1982: 20; Lipinski 1984: 100). Las dudas de J. Sanmartín sobre esta vinculación, defendidas a partir del posible significado del topónimo como sitio rodeado de agua (“península, isla, costa, etc.”), se deben no tanto a razones lingüísticas como a una reconstrucción del entorno que no ha tenido en cuenta el profundo cambio que ha experimentado el paisaje local, ya que este investigador coloca equivocadamente a la Sevilla protohistórica en situación continental al barajar sólo la geografía actual (Sanmartín 1994: 230).

Frente a Sevilla, al oeste de la ciudad y sobre un cabezo de la cornisa del Aljarafe, se ubicó el yacimiento del Carambolo. Su cronología fundacional ha sido valorada casi siempre a través de la cerámica a torno fenicia. En consecuencia, la ausencia de ésta en los estratos más bajos del asentamiento que desde Carriazo se conocen como “Carambolo Alto”, ha llevado a defender una fundación precolonial (Aubet 1992-93; Castro y otros 1996: 198). Pero esta propuesta olvida que ya Maluquer advirtió la presencia en el estrato de cenizas de ese teórico “fondo de cabaña” de cáscaras de huevos de avestruz (Maluquer de Motes 1960: 286), un elemento vinculado en el Bajo Guadalquivir a la presencia fenicia. De las dudas cronológicas acerca de la datación precolonial del Carambolo, y de una lectura muy distinta de los datos arqueológicos obtenidos en él, se ha propuesto con nuevos argumentos que allí no existió en realidad un poblado indígena, sino exclusivamente un santuario fenicio vinculado a la colonia de *Spal* y consagrado a Astarté (Belén y Escacena 1997: 109-114).

Poco más al sur del Carambolo, el propio Aljarafe proporcionó otro enclave en altura a la ciudad de *Osset*, de la que se conocen hallazgos calcolíticos y protohistóricos si es correcta su identificación con San Juan de Aznalfarache (Escacena 1986). Todavía aguas abajo, dos ciudades importantes controlaban las puertas del estuario antes de que el río se convirtiera en mar: *Caura* al oeste y *Oripipo* al este. De la primera tendremos ocasión de hablar con detenimiento. La segunda, ubicada en la margen izquierda, conoció también una primera fundación en la Edad del Cobre (Fernández Gómez y otros 1997: 137-138); pero no existen más datos de una ocupación estable hasta época tartésica⁵.

En síntesis, puede afirmarse que las márgenes del antiguo estuario desde el “Estrecho de Coria” ha-

cia el norte conocieron una ocupación humana a comienzos del primer milenio a.C. que no es heredera de la que durante el Bronce Pleno ocupaba la zona. Esta desconexión viene avalada por el hiato poblacional que tiene lugar en el último cuarto del segundo milenio a.C., y que da lugar en el Bajo Guadalquivir a una “Edad Oscura” parecida a la constatada en otras áreas mediterráneas de similar latitud (Escacena 1995); vacío que, como ocurre en Setefilla, en algún caso ha sido corroborado y ampliado en duración al calibrar las fechas radiocarbónicas (Mederos 1996: 63-65). Los grupos humanos que originaron esta ocupación pueden vincularse cultural y étnicamente a los que protagonizaron en la fachada occidental de la Península Ibérica el Bronce Atlántico, y constituían la población básica que encontraron los fenicios cuando la colonización oriental comenzó a ser un fenómeno general a partir del siglo VIII a.C.

4. EL ASENTAMIENTO TARTÉSICO DE CAURA

La secuencia estratigráfica más completa del Cerro de San Juan se ha podido obtener en el flanco del cabezo que limita con el Guadalquivir. Tan cerca se ubica el yacimiento del cauce del río, que éste lo ha cortado a plomo y ha puesto con frecuencia al descubierto una acumulación sedimentaria que en la zona excavada alcanza casi los siete metros de potencia. Dicho paquete de detritos antrópicos se acumuló sobre un cerro natural que contaba ya con unos 20 m sobre el nivel del mar. A los resultados conseguidos en este sondeo pueden sumarse otros muchos datos procedentes del propio Cerro de San Juan y del vecino promontorio de Cantalobos, que posibilitan hoy una reconstrucción histórica que, con distintos vacíos, llega hasta época medieval.

Aparte de un buen conjunto de industrias paleolíticas sobre cuarcita procedentes de diversas estaciones ubicadas en las cercanías de Coria, que ahora no entraremos a valorar y que alcanzan al menos hasta el Paleolítico Medio, las primeras evidencias de ocupación humana estable se encuentran hasta la fecha en el mismo Cerro de San Juan, de donde procede un fragmento de cerámica a la almagra neolítica como ya hemos indicado. No obstante, un asentamiento más estable y continuado no se detecta hasta el Calcolítico. Los grandes platos de borde engrosado y las industrias líticas ponen de manifiesto la existencia de un hábitat contemporáneo al de la Valencina precampaniforme. Parece que este viejo poblado se distribuyó a lo largo de las cornisas orientales y meridionales de los Cerros de San Juan y Cantalobos, ocupando casi con exclusividad el borde de los cabezos que mira al Guadalquivir. A finales del tercer milenio a.C. o a

principios del segundo, el hábitat acabó por consolidarse en el Cerro de San Juan, donde se ha constatado un asentamiento de corte más estable. La elección de este punto debió de responder al carácter estratégico que ofrecía. Éste sin duda derivaba de su mayor dominio visual del entorno en relación con los promontorios vecinos, una característica lograda gracias a que representaba un verdadero cabo sobre las aguas del golfo-estuario.

La secuencia cultural del Cerro de San Juan se inaugura en el sondeo de 1994-96 con una variada gama de cerámicas campaniformes. La ocupación del sitio prosigue durante toda la primera mitad del segundo milenio, según testimonian los cuencos de borde entrante y las botellas globulares con gollete levemente indicado parecidas a las de la Fase I de Setefilla o a las de las Cistas de Huelva (cf. Aubet y otros 1983: 51-69; Del Amo 1975: láms. 98, 105, 114 y 118). A tenor de lo que sugieren las fechas radiocarbónicas del Bronce en el Bajo Guadalquivir (Mederos 1996: 57-68; Ruiz-Gálvez 1995), es posible que no exista ocupación en el Cerro de San Juan en la segunda mitad del segundo milenio a.C. Desde luego, faltan por completo en el área excavada, y entre otros muchos hallazgos de superficie, materiales parecidos a los que caracterizan a este momento en yacimientos relativamente cercanos, como serían los vasos con decoración de tipo Boquique. Así, éste es el panorama conocido para esas fechas en sitios como Carmona (Jiménez 1994: 152-155) y Lebrija (Caro y otros 1986: fig. 9).

De este probable abandono y de la posterior presencia de una fase tartésica preferencia, se puede sostener que el topónimo *Caura*, que ha cambiado muy poco desde la Protohistoria hasta dar el actual de “Coria”, se acuñó posiblemente con las poblaciones que a finales de la Edad del Bronce reocuparon el cerro. Los niveles arqueológicos asociados a esta nueva etapa se caracterizan por la falta de testimonios mediterráneos atribuibles a la colonización fenicia. Se sabe que dicho nombre proviene de una vieja raíz indoeuropea relacionada con el significado de “grande”, “hinchado” o “prominencia”, por lo que tendría que ver quizás con el hecho de que, en la época en que se le coloca, el Cerro de San Juan era ya el más alto de la zona a causa de la acumulación estratigráfica precedente (Padilla 1993). De hecho, si se prescindiera de la sedimentación antrópica, las alturas sobre el nivel del mar de todas estas elevaciones es similar.

Los estratos prehistóricos excavados hasta la fecha carecen de construcciones asociadas. En cambio, los niveles protohistóricos han proporcionado a partir del Hierro Antiguo los primeros edificios documentados en el yacimiento. Éstos disponen de paredes rectas que se levantan sobre cimientos de piedra y alzados de adobe. El interior de las estancias

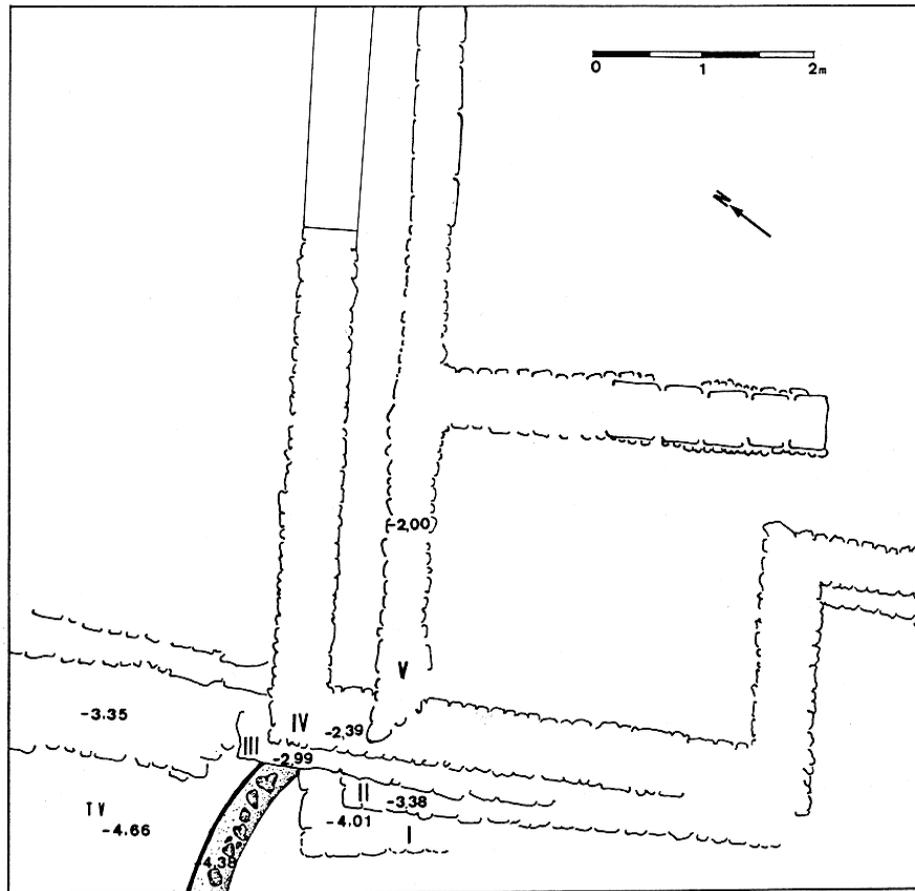


Fig. 2.- Superposición de los cimientos correspondientes a los cinco santuarios de Coria del Río. Debajo, los restos de un horno dedicado posiblemente a la fabricación de cerámica. Corte A de los trabajos de 1997-98.

se pavimenta con un suelo de arcilla roja sobre un fino lecho de cal. En el sondeo estratigráfico de 1994-96, a este momento corresponden también las primeras importaciones de productos orientales, de las que se han constatado vasos bícromos a torno, cerámica de barniz rojo y ánforas fenicias.

En relación con el control de la navegación, se comprende mejor el importante papel económico del asentamiento si se tiene presente que se conocen actividades metalúrgicas para la copelación de la plata en sus cercanías, en una cabaña circular que hemos excavado en el marco del *Proyecto Estuario* y que corresponde a finales del siglo VII o comienzos del VI a.C. (Escacena y Henares 1994; Izquierdo 1997: 93-94).

5. UN PORT OF TRADE FENICIO ENTRE LOS TARTESIOS DE CAURA

Las características arqueológicas observadas en el yacimiento del Cerro de San Juan y en el vecino cabezo de Cantalobos coinciden relativamente bien con las señaladas para los antiguos puertos de comercio coloniales por la escuela de Polanyi (Polanyi 1975; Revere 1976: 99-101).

Los recientes trabajos de campo han localizado, en efecto, un barrio de la ciudad de *Caure* que corresponde a una ampliación urbana de la época expansiva del comercio fenicio. A partir del siglo VIII a.C. se instaló allí un santuario que sirvió para la ordenación de la trama urbana, y que se reconstruiría hasta cuatro veces más (fig. 2). Lo poco que se ha excavado aún de este primer edificio (Santuario I) sugiere que su eje longitudinal se orientó a la salida del Sol el día del solsticio de verano, y que dicha disposición sirvió de clave para un diseño en damero de las calles y manzanas adyacentes. El material arqueológico localizado en este sector del poblado es en su mayor parte cerámica a torno (de barniz rojo, bícroma y ánforas fenicias), además de un buen lote de vasos a mano para cocina o almacenamiento. Los hallazgos del santuario (escarabeos, huevos de avestruz y lucernas de barniz rojo entre otros) son aún más relevantes para poder situar en el barrio a una comunidad fenicia. Aun así, y a tenor del nombre de la ciudad, que no es de origen semita según hemos señalado, la población local mayoritaria de finales de la Edad del Bronce debió de estar constituida por gentes tartésicas de raíz indoeuropea.

En el conjunto del asentamiento, el área donde se ha detectado ocupación previa a la colonización

oriental está limitada a la franja sureste del cabezo, que constituye el lado más estratégico por su proximidad al Guadalquivir (entonces al antiguo estuario y desembocadura). Llegado el siglo VIII a.C., la imposibilidad física de crecer hacia esta zona obligó a una expansión del hábitat en dirección norte y oeste. Con esta ampliación quedaría ocupada ya en época tartésica la totalidad del cerro, circunstancia que ha quedado corroborada por la presencia de materiales arqueológicos del Hierro Antiguo en toda su periferia. Este otro sector ahora habitado por vez primera permite una fácil bajada hacia la actual desembocadura del río Pudio, un arroyo que en esa época formaba una pequeña ensenada. En ella pudo ubicarse la zona portuaria. Así, tanto el santuario como el barrio surgido en sus alrededores miraban a este punto de trasiego naval, y representaban los primeros y más destacados edificios que cualquier visitante de la ciudad encontraba al subir a ella.

Nuestra hipótesis sostiene que en este barrio pudo vivir básicamente un grupo de colonos orientales que dispondría de una pequeña necrópolis en el vecino Cerro de Cantalobos, de donde proceden testimonios arqueológicos que sugieren la presencia de algunas sepulturas de incineración. Pero, a pesar de que los datos arqueológicos coinciden relativamente bien con los que Polanyi presentó como característicos de dichos *ports of trade*, estamos con M.E. Aubet y la escuela formalista cuando atribuyen al comercio fenicio en estos enclaves comportamientos competitivos, con oscilaciones de precios promovidas por el mercado (Aubet 1994: 98 ss.). De hecho, las armas arrojadas a los ríos en la etapa final de la Edad del Bronce atlántica han sido interpretadas recientemente en Andalucía como ajuares funerarios, pero también –y en atención a la propuesta de Bradley (1990: 102-103)– como verdaderos *potlatches* (Belén y Escacena 1995 b: 110). Esta segunda función del rito, que desde una lectura *etic* tiende a disminuir la oferta para impedir la bajada del valor de los productos, implicaría que en la sociedad indígena existían, comprendidas o no, auténticas leyes de mercado previas incluso al contacto con los fenicios, una circunstancia que haría inviable el intercambio comercial entre la comunidad local y la semita si esta segunda no conocía prácticas económicas similares.

En síntesis, la existencia de un pequeño puerto de comercio colonial exige cuatro elementos clave para su identificación: una zona portuaria, un barrio propio, un santuario y una pequeña necrópolis.

5.1. La zona portuaria (fig. 3)

De diversos sectores de Coria proceden anclas de piedra (Belén 1993: 49), si bien ninguna de ellas tiene una tipología que pueda ser atribuida sin lugar a

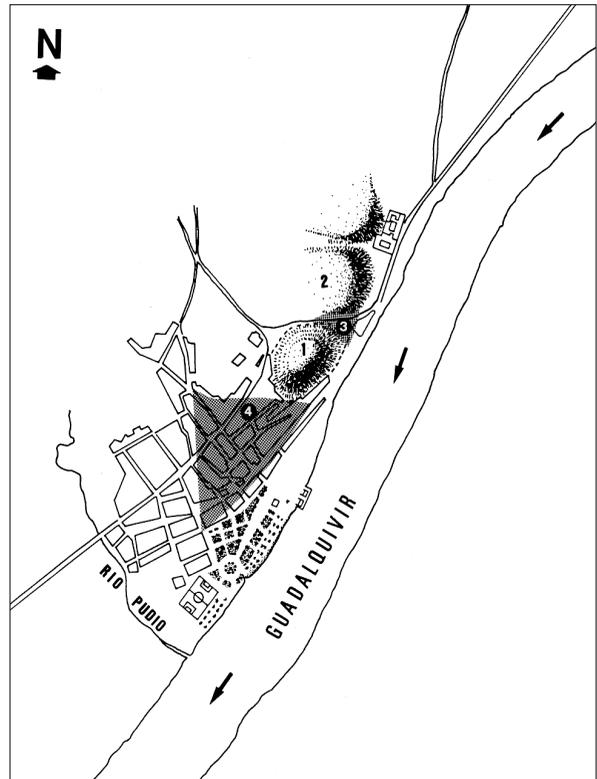


Fig. 3.- Ubicación hipotética de los puertos de Caura: 1, Cerro de San Juan; 2, Cerro de Cantalobos; 3, Puerto norte (C/ Punta Arena); 4, Puerto sur (ensenada del río Pudio).

dudas a barcos fenicios. Tampoco su ubicación habla con claridad de dónde pudieron radicar los puertos de la ciudad. A excepción de un ejemplar, constituyen en su mayor parte simples piedras irregulares que disponen de una perforación, característica que, unida a la escasez de piedra para la construcción en la comarca, motivó que casi todas acabaran desplazadas de sus lugares de origen hacia la zona de hábitat para ser reutilizadas como elementos constructivos. Por tanto, estas piezas no pueden usarse de momento para señalar la ubicación concreta de la zona portuaria. Por lo demás, como no todos los muelles antiguos, fuesen fluviales o marítimos, disponían necesariamente de construcciones de cierta solidez que garantizaran su permanencia a largo plazo, no hay por qué buscar en nuestro caso evidencias más claras que las que proporcionarían unas playas en el entorno urbano.

Las circunstancias topográficas y los estudios paleogeográficos sugieren la existencia de dos áreas de baja cota que pudieron servir como puertos, situadas al noreste y al suroeste respectivamente del casco urbano. El puerto meridional pudo ubicarse en la ensenada del río Pudio, que entonces disponía de una zona accesible a orillas del Cerro de San Juan. Esta pequeña bahía contaba con una amplia entrada desde el golfo-estuario del Guadalquivir, lo que facilitaba el paso de las embarcaciones marítimas. El propio Cerro de San Juan, sobre el que descansaba la ciudad, prote-

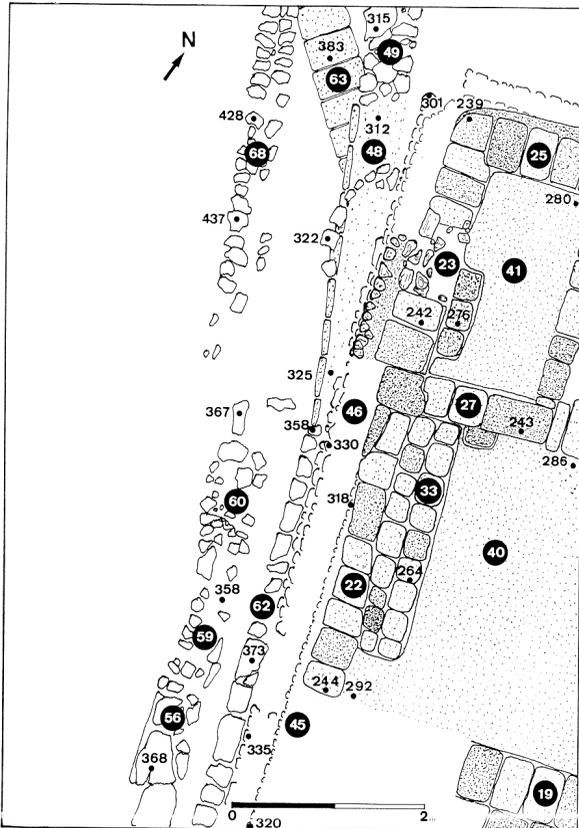


Fig. 4.- Superposición de las viviendas aledañas al santuario. Corte B de la intervención de 1997-98.

gía a este embarcadero del viento de levante, que con el nombre local de “Solano” sopla a veces con fuerza en la comarca. Pero otro pequeño seno se situaba en la actual calle Punta Arena, en la fisura que separa al Cerro de San Juan del de Cantalobos y por la que penetra hoy en la localidad la carretera que procede de Sevilla. La existencia aquí de un puerto ha sido sugerida en estudios anteriores (Belén 1993: 50), y su ubicación proporcionaba resguardo invernal contra los temporales que las borrascas atlánticas introducen por el oeste y suroeste de la Península Ibérica.

5.2. El barrio colonial (fig. 4)

Ya hemos advertido que el poblado prehistórico debió consistir básicamente en una o dos líneas de cabañas dispuestas en paralelo a lo largo de la cornisa del Cerro de San Juan que mira al Guadalquivir. De hecho, ésta es la única zona excavada que presenta estratos antrópicos anteriores a la colonización fenicia. Por tanto, en Época Orientalizante la única posibilidad de crecimiento del hábitat consistía en su expansión hacia el interior de la pequeña meseta, en dirección noroeste. Es en este sector, casi en el centro del cabezo, donde los trabajos de 1997-98 han localizado una secuencia de viviendas protohistóricas superpuestas que, entre los siglos VIII y VI a.C., se aglutinaron

en torno a un santuario cuya fundación ordena en esta zona la trama urbana (lám. IV).

La primera función de este sector del hábitat pudo tener carácter industrial o artesanal, y no residencial, sin que ello suponga negar su dependencia de un hipotético santuario anterior aún desconocido arqueológicamente. Esta fase más antigua, en la que están presentes ya los vasos a torno, contó con un horno que, por su tamaño y características, parece dedicado a la producción de cerámica. Junto a esta estructura, un fragmento de muro de adobes sugiere la existencia de almacenes o dependencias vinculadas a estas funciones económicas.

Pero poco tiempo después se funda en este barrio un templo que, entre otras cosas, sirve para organizar las viviendas colindantes. De ellas se ha exhumado solo parte de la secuencia de casas situadas al norte del recinto sagrado. Son desde sus inicios estructuras de planta rectangular o cuadrada, sin que podamos aún definir su plano completo por no haberse excavado en su totalidad. Estas construcciones se levantaron a lo largo de la vida del santuario (siglos VIII-VI a. C.) y en fechas posteriores. Se han numerado para su estudio al revés de como fueron apareciendo en el



Lám. IV.- Cerro de San Juan. Campaña arqueológica de 1997-98. Estratigrafía del Corte B y secuencia de viviendas del barrio fenicio.

proceso de excavación. La más antigua (inferior), la nº 1, corresponde al posible almacén que hemos relacionado con el horno contiguo. No tiene la misma orientación urbanística que presentan tanto las viviendas posteriores como el templo. De dicha estancia sólo conocemos hasta ahora un pequeñísimo tramo de muro de adobes, lo que impide hacer cualquier precisión al respecto.

La casa mejor conocida es una de la segunda mitad del siglo VI a.C. que quedó parcialmente sepultada por los adobes procedentes de su propio derrumbe. Es la única construcción en la que hemos observado ciertos indicios de violencia y/o abandono precipitado, que consisten precisamente en la cantidad de adobes que la soterraban, muchos conservados aún en la misma posición vertical en la que cayeron hacia la calle, y en el hallazgo de un pequeño cuenco completo en la pequeña habitación que, a modo de zaguán, comunicaba la vivienda con el exterior. Después de esta fecha, parece que esta zona de la ciudad no conoció construcción alguna hasta el siglo IV a.C., aunque la presencia humana está sobradamente constatada allí mismo por la existencia de hogares y restos de comida asociada a cerámica de cocina y a vajilla pintada de tipo turdetano.

Las casas de más calidad y mejor conocidas son precisamente las del Hierro Antiguo, pero la poca superficie excavada impide aún ofrecer datos concluyentes sobre su planta completa y sobre su compartimentación interior. Además, el carácter urgente de los trabajos de campo llevados a cabo hasta la fecha ha impedido desmontar las construcciones superiores para conocer las más bajas, porque el objetivo de los sondeos iniciales era calcular la potencia arqueológica del sitio y valorar la posibilidad de llevar a cabo o no nuevas construcciones escolares en aquel espacio⁶. En consecuencia, se levantaron en este otro corte sólo los niveles de la calle, por lo que nos limitaremos en los siguientes apartados a ofrecer aquellos pocos aspectos técnicos que hasta ahora han podido ser constatados en las viviendas.

Como se ha registrado también en el templo contiguo, conforme la estratigrafía del sitio adquiriría potencia, las casas fueron retranqueándose hacia el este. Así, al vaciar por completo la calle hasta el suelo virgen del cerro primitivo, hemos conseguido una lectura de cimientos escalonados que suministra una secuencia relativa de las distintas fases edilicias. Esta sucesión ha proporcionado hasta siete construcciones superpuestas correspondientes todas a época tartésica.

Lo que conocemos en realidad de estas casas es su cimentación y parte del alzado de sus paredes. Los fundamentos son de piedra local, de arenisca sobre todo, que conforma la roca básica de las colinas del sur del Aljarafe bajo las arcillas, arenas y gravas superficiales. Estos cimientos se disponen en trazados recti-

líneos. Para edificar estas viviendas, quienes las labraron procedieron, salvo en la más antigua, a descombrar los restos de las anteriores y a quitar los adobes de los muros para buscar el cimiento-zócalo de piedra de la casa inmediatamente anterior. Sobre dicho apoyo se construía la nueva pared, consiguiendo a la larga una sólida plataforma de sustentación en la base. Cargar las presiones sobre piedra en los lugares arcillosos era desde luego la garantía para conseguir una construcción sólida y perdurable, y constituyó en el mundo antiguo una prudente forma de edificar sentenciada en la parábola de Cristo que transmitieron los textos evangélicos (Mateo 7, 24-27; Lucas 6, 47-49).

La única casa de esta etapa de la que conocemos al menos parte de su interior, la que quedó arruinada a fines del siglo VI a.C., disponía de habitaciones rectangulares pavimentadas con tierra apisonada pintada de rojo. Desde la calle, situada siempre a un nivel topográfico más bajo, se accedía primero a un escueto vestíbulo que pudo servir también de área de distribución hacia los distintos compartimentos internos. A excepción de esta pequeña entrada, cuya función intuimos solo por el hecho de su posición relativa en el conjunto de la casa, no ha sido posible localizar datos que permitan una lectura microespacial de las distintas habitaciones, y deducir así su uso específico a partir de los ajuares que éstas contenían. Carecemos, por último, de datos que hablen de la superestructura, de manera que no podemos apuntar si eran viviendas de una o más plantas, si disponían de cubierta a dos aguas o de azoteas, etc. En cualquier caso, la poca superficie excavada aconseja no tener presente la falta de escaleras constatadas como una norma general que permita deducir que eran construcciones bajas de un solo piso.

Como ya hemos indicado, los cimientos son siempre de piedra. En algún caso, éstos se alzan a modo de zócalo por encima del suelo interior y del nivel de la calle. No hay una distinción clara en su estructura y materiales entre la parte que actúa como cimiento propiamente dicho y lo que puede considerarse pared vista. En cualquier caso, esta infraestructura no llega a alcanzar nunca el metro de altura. La arenisca pudo obtenerse en la base del propio Cerro de San Juan o en la de los cabezos cercanos, que forman con frecuencia paleoacantilados cortados a plomo por la antigua red hídrica. Las prospecciones superficiales del territorio, llevadas a cabo en 1993 (primera campaña del *Proyecto Estuario*), han permitido detectar en la ladera sur de la ensenada del río Pudío, en una zona muy próxima al yacimiento, una excavación semicircular que parece una cantera antigua para la extracción de piedra, pero ésta no dispone de materiales arqueológicos que certifiquen su apertura ya en época tartésica.

Por encima de esta obra que funciona como cimiento-zócalo, se coloca siempre una pared de adobes elaborados con distintos tipos de barro. No hemos observado en ningún caso que a éste se mezcle paja u otro componente vegetal, aunque algunos ladrillos tienen abundantes gránulos de cal que no parecen un añadido intencionado sino la composición natural del barro. De hecho, este tipo de arcillas abunda en las colinas del Aljarafe, y fue detectado ya por Carriazo como matriz del supuesto “fondo de cabaña” del Carambolo (Carriazo 1970: 59). Para trabar los adobes se usa como mortero un barro más tamizado y blanquizco. Precisamente su coloración sugiere que pudo añadirse a la mezcla algo de cal pulverizada.

Además de muros de adobes, la zona excavada cuenta con una construcción de tapial. Se trata también de una vivienda cimentada sobre piedra, pero con paredes levantadas a base de una caja que, a modo de encofrado, se elabora con adobes en posición vertical y se rellena luego con tierra batida. Los ladrillos que limitan la pared tienen distintos colores y composición, pero el tapial interno es de barro amarillento-rojizo homogéneo, limpio de materiales arqueológicos y de cualquier sustancia orgánica, y aparentemente sin cal añadida.

Las paredes se enlucieron casi siempre con una capa de mortero de la misma composición y tono claro que la argamasa con que se trababan los adobes. Sobre ella se dieron sucesivas capas de cal que se han conservado relativamente bien en algunos muros interiores (lám. V).

Las esquinas se reforzaron con muelles de piedra añadidos por su cara externa a la zapata que sirve de cimiento-zócalo. Era en este punto donde las presiones del edificio hacían más débil la construcción, y donde las casas que tenían esquinas hacia calles muy transitadas podían sufrir daños desde el exterior por el roce de personas, animales o carros. De ahí que se cuidara mucho, además, no dejar grietas en la trabazón de las piedras situadas en los ángulos de los cimientos. Con este fin, los constructores eludieron en



Lám. V.- Muro de adobes que ha conservado parte del enlucido en calado.

todos los casos hacer los distintos tramos de la cimentación por partes adosadas. Esta norma estuvo muy arraigada en Oriente, donde la preocupación por reforzar las esquinas quedó plasmada en diversos actos mágicos constatados en los rituales de fundación de los templos egipcios (Montet 1964: 88-89).

La construcción de una nueva vivienda suponía siempre la elevación del nivel del suelo interno a fin de mantener cierta altura sobre la calle. Esto evitaba humedades perniciosas en unas casas que eran en su mayor parte de barro, y exigía aportes constantes de tierra de relleno. La formación de sedimentos en el interior de las diferentes estancias tiene casi siempre este origen, lo que invalida cualquier intento de llevar a cabo lecturas sobre la función de cada compartimento con base en los materiales arqueológicos encontrados en esas unidades de estratificación. Hemos visto que esto tiene una ligera excepción en la última casa —la más moderna— de la serie de época tartésica, que cuenta con indicios de un abandono precipitado.

Una vez compactado este lecho, se procedía a esparcir una fina capa de tierra roja, que formaba así un suelo de habitación suave y acogedor, que contribuía, junto al material de las paredes, a amortiguar las temperaturas extremas del verano y del invierno. Pero, poco a poco, estas camas cedían con frecuencia ante la presión de quienes deambulaban por la casa, de manera que algunos cuartos nos han llegado hasta hoy con sus pavimentos rehundidos por su parte central. Por lo común, esto se solucionaba con nuevos rellenos parciales o totales antes de proceder a aplicar una nueva capa de pintura roja. Es posible que estas manos de color se dieran con cierta regularidad, y en cualquier caso afectaban parcialmente a la propia pared de la habitación por su zona inferior, a modo de lo que en algunas partes de Andalucía se denominan “bajeras”. Pero no hemos localizado verdaderos zócalos rojos.

Desde la calle se penetraba por puertas que, como hemos indicado, tenían vano sólo en la pared vista, y no en el cimiento. Esto, además de evitar puntos débiles, permitía usar de umbral el tramo de zapata correspondiente a la puerta, evitando así una erosión excesiva en este punto por el paso frecuente de quienes entraban y salían de la vivienda. Y como este cimiento era en parte también zócalo, el umbral quedaba a veces más alto que el nivel de la calle y que el del suelo interno. En tales casos, dicha circunstancia obligaba a levantar sendos escalones a ambos lados de la puerta, es decir, por su exterior y por su interior. A causa de la poca piedra que da la comarca, circunstancia que matiza toda la arquitectura del barrio, estos escalones solo llevaban una fila de mampuestos irregulares en el contorno, de manera que su interior se rellenaba de tierra apisonada. Algunos de estos poyetes de acceso son de forma rectangular con esquinas

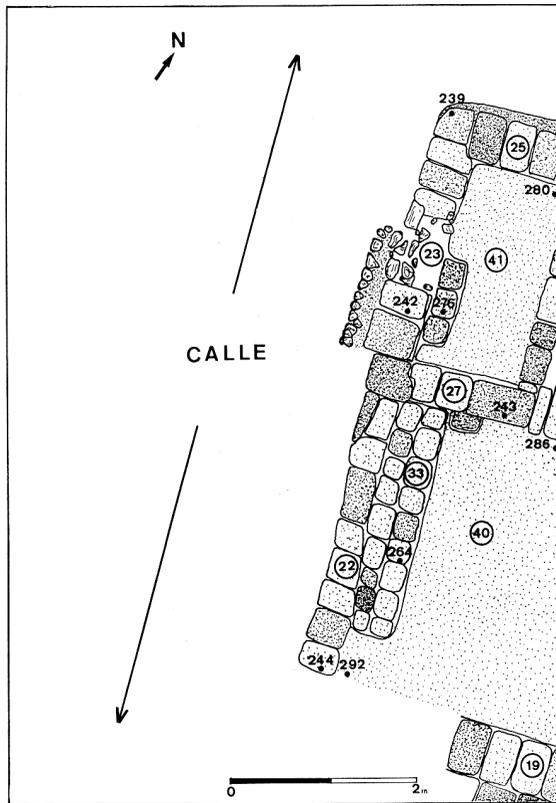
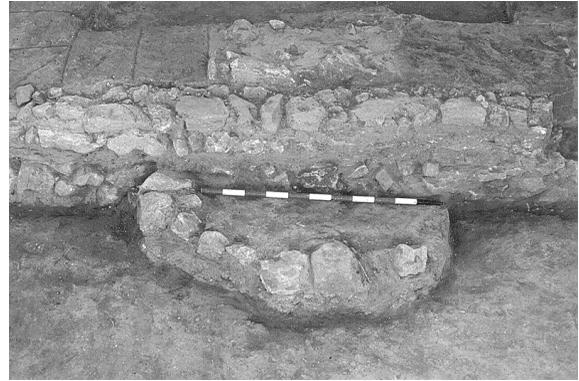


Fig. 5.- Vivienda más reciente del Hierro Antiguo (corte B). Su acceso desde la calle se facilitaba con un poyete por estar a más baja cota el exterior que el interior.

romas (fig. 5), pero otros adquieren tendencia curva (lám. VI). Es posible que fuera un escalón de este tipo la estructura semicircular encontrada en el Cerro Salomón de Riotinto, interpretada en su día como una especie de paravientos situado delante de la entrada de una vivienda (Blanco y otros 1970: 11, lám. X).

En la casa de fines del siglo VI a.C., una habitación disponía de un banco de adobes adosado al zócalo de piedra que componía la pared que daba a la calle. Se usaron aquí trozos de ladrillos y ripio en abundancia. Su cara vertical que daba al interior de la estancia se enlució y pintó de rojo, formando una película sin solución de continuidad con relación al piso de la sala. Pero los bancos aparecen también al exterior, como ocurre en la vivienda nº 3. En este caso se trata de dos construcciones de piedra que limitan la entrada desde la calle, una a cada lado de las jambas de la puerta. No apareció en este caso indicio alguno de que estos bancos exteriores estuviesen enlucidos. Por tanto, la diferencia básica de carácter técnico entre los bancos interiores y los exteriores reside, como la de los pavimentos, en los materiales usados en cada caso. Es comprensible que la escasez de piedra lleve a construir un banco de adobe en una zona cubierta, pero cualquier poyete levantado con barro a la intemperie quedaría inutilizado y destruido por la humedad en caso de lluvia.



Lám. VI.- Poyete semicircular de entrada a una casa del barrio fenicio.

Con los conocimientos que hasta la fecha poseemos de esta zona de hábitat es arriesgado avanzar cualquier consideración que tenga que ver con los tamaños totales de las casas o con la distribución de sus habitaciones. Pero, en relación con las anchuras de los muros y con las medidas de los adobes, sí podemos adelantar algunas cuestiones más precisas. En líneas generales, las paredes vistas presentan siempre la misma anchura que sus correspondientes zapatas infrapuestas, y las dos obras suelen tener unas medidas en torno a los 55 cm. Este tamaño corresponde al codo grande púnico (Jodin 1975: 73). A excepción de los casos en que tengan que formar delgados tabiques, en todas las paredes los adobes se colocan siempre a tizón, sobre su cimiento-zócalo correspondiente. De esta manera, su lado más largo queda perpendicular a la dirección longitudinal del muro. Y como este flanco del ladrillo crudo no alcanza nunca el tamaño total de la anchura de la pared, deja así espacio suficiente para dotar a cada cara de ésta del correspondiente enlucido. Cuando ha sido posible obtener datos de adobes enteros, éstos suelen presentar medidas similares a los de Carmona (Belén y otros 1997: 137), Montemolín (Chaves y De la Bandera 1991: 698) o Huelva (García Sanz 1988-89: 150), por citar solo algunos enclaves de Andalucía occidental en los que el estudio de estas cuestiones ha sido abordado.

Los materiales cerámicos que acompañan a estas construcciones están aún por estudiar en su mayor parte, y no es fácil deducir a partir de su análisis si estamos ante casas habitadas por fenicios o por gente local. En otra ocasión hemos defendido que no es precisamente esta manifestación de la tecnología la más adecuada para reconocer etnias distintas dentro de la Protohistoria meridional hispana (Escacena 1992: 325-327). Por tanto, la propuesta de que éste es un barrio fenicio deriva más bien de la identificación del santuario que a continuación presentamos. En cualquier caso, ya hemos adelantado que la mayor parte del material cerámico va incluido en paquetes de relleno que no pueden hablar de la función de cada habitáculo, y mucho menos de la identidad étnica de sus moradores.

5.3. El templo

El edificio sagrado localizado en Coria del Río a partir de las excavaciones de 1997 se levantó por vez primera hacia el siglo VIII a.C., si bien esta cronología podría ser matizada cuando se conozcan mejor en este sector del poblado los estratos más bajos. Se construyó en parte sobre la parrilla de un horno de fecha ligeramente anterior, que fue localizado en un nivel donde estaba presente ya la cerámica fenicia. Se ignora si este horno formaba parte de un área industrial periférica al asentamiento indígena o si dependía ya de un santuario más antiguo todavía desconocido arqueológicamente, porque el primer templo hasta ahora localizado se edificó cuando la alfarería estaba ya arruinada. Se han documentado hasta ahora cinco construcciones distintas y superpuestas de este recinto sagrado entre los siglos VIII y VI a.C., de las que se conoce parte de la planta de las tres más recientes y solo sendos tramos de la fachada principal de las dos más antiguas, zona en la que se ha conseguido llegar a tierra virgen a fin de evaluar la potencia estratigráfica del sitio y la importancia del substrato arqueológico⁷. De más antiguos a más modernos, han sido identificados provisionalmente estos santuarios con los números romanos I a V.

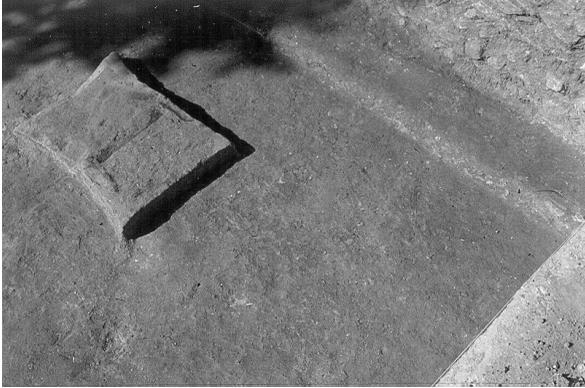
Por lo que hasta la fecha se ha descubierto, y reconstruyendo hipotéticamente la forma completa de tales edificios con la parte ya conocida, parece que todos ellos dispusieron de una planta rectangular o cuadrada, con una posible entrada por el lado menor que mira al suroeste. Se accedía desde una calle que discurría por esta zona y que se ha excavado parcialmente en dirección norte. A ella daban también las puertas de las casas vecinas. Conforme se reedificaron los santuarios más modernos, cada nueva construcción retrocedió un poco en relación con la anterior en la fachada que da a esta calle, de forma que hoy los correspondientes cimientos presentan en conjunto una estructura escalonada. La suposición de que en esta zona se situaba un acceso principal al santuario se ha deducido de la similar orientación que tienen las puertas de las casas adyacentes y del hecho de que este flanco es el que mira a la zona portuaria de la ensenada del río Pudío y a la subida más fácil al cerro, porque el perímetro de los diferentes recintos nada más se conoce por los cimientos de las paredes de los correspondientes santuarios, que no han conservado los vanos. Como en las viviendas antes estudiadas, éstos solo habrían afectado a las paredes de adobe superpuestas, que eran desmontadas sistemáticamente cada vez que se reconstruía el edificio para cargar el nuevo directamente sobre la cimentación pétreo del anterior.

De ser correcta esta interpretación preliminar, la planta completa del santuario pudo tener forma cuadrada o rectangular y un pórtico en el sector de la

entrada. Desde el exterior se ingresaba así a un gran recinto no cubierto por completo. De hecho, en el interior del santuario se han localizado zonas empedradas que deben corresponder a patios o áreas a cielo abierto, pero también estancias pavimentadas con suelos rojos muy delicados que no habrían resistido los efectos de la intemperie de no estar techadas. Estos recintos más preservados se pavimentaron con capas de tierra roja que se pintaban una y otra vez. A modo de “capillas” o “tabernáculos”, constituían espacios en los que se colocaron altares y otras estructuras construidas también de barro o adobe, a veces asistidas por bancos y vasares.

Por carecer de referencias de la supuesta trasera del edificio, no puede quedar certificada aún la orientación exacta del eje longitudinal del Santuario I (el más antiguo). No obstante, si su eje hacía ángulo recto con el muro conservado de la fachada, su orientación ritual hacia la posición astronómica del sol naciente en el Solsticio de verano parece garantizada. Como veremos, esta orientación se observa también en el altar del Santuario III. De los tres templos superiores (Santuarios III, IV y V) se conocen ya parcialmente los muros longitudinales de sus fachadas laterales que daban al noroeste. Todos esos tramos parecen presentar solo leves desviaciones respecto a la planta de la construcción más antigua. Es posible que su disposición astronómica fuera de hecho ligeramente modificada en relación con la orientación del primer recinto conforme se llevaron a cabo las distintas reconstrucciones del templo, y que tales modificaciones se debieran a la necesidad de adaptar los nuevos templos a la evolución urbana y a las condiciones topográficas. De hecho, se percibe a lo largo de la estratigrafía un posible ensanchamiento de la calle a la que daba el santuario o un desplazamiento de ésta en dirección noreste, lo que originó una superposición en escalera también de las paredes de las casas anexas como hemos visto. Así, las desviaciones observadas entre los ejes de la capilla y del altar del Santuario III en relación con los muros perimetrales de su correspondiente templo pueden deberse a intentos de corregir tales desplazamientos por exigencias del culto. Volveremos sobre este interesante punto al analizar algunas cuestiones sobre el ritual.

Entre las casas cercanas al santuario por su flanco noroeste y el propio muro externo del recinto sagrado, se situó un espacio de forma trapezoidal. En unos momentos éste se pavimentó con un suelo de tierra batida luego pintado de rojo, pero en otras ocasiones se usó sin preparación intencionada alguna. Es posible que fuese unas veces una habitación cubierta y otras un pequeño recinto al aire libre. Este segundo caso parece corresponder a la etapa de vida del Santuario IV, cuando dicho espacio colateral al propio edificio sagrado fue utilizado para arrojar grandes



Lám. VII.- Capilla y altar del Santuario III de Coria del Río.

cantidades de ceniza, de huesos de animales y de vasijas rotas. Una primera propuesta de interpretación reconoce en este ámbito el lugar donde se depositaron los restos de los sacrificios. Fue, en cualquier caso, un lugar de acceso restringido, pues los trozos de cerámica localizados en él están mucho menos fracturados que los que colmataron la calle, donde el paso de personas, animales y/o vehículos erosionó en mayor medida toda la basura arrojada a ella.

De los ámbitos más sagrados (las capillas rojas), el mejor conservado se conoce aún de forma parcial. Corresponde al Santuario III, que puede fecharse en torno al siglo VII a.C. aproximadamente. Presenta planta rectangular, y dispone de un banco adosado al muro perimetral del templo (lám. VII). Se han detectado diversas reestructuraciones de esa estancia, que consistieron unas veces en reelevaciones del suelo y otras en modificaciones del banco colateral, que fue tomando cada vez más anchura. Centrado sobre el pavimento de tono coral de este pequeño recinto se ha documentado un altar de barro de los conocidos en la bibliografía como “altares en forma de lingote chipriota” (Celestino 1994). Parece que esta capilla roja no estaba cerrada con paredes, aunque sí cubierta con algún tipo de techumbre. Un círculo de tierra negruzca en uno de los ángulos, el único conocido hasta ahora en el lado opuesto al del muro perimetral del santuario, puede corresponder a un agujero de poste. En cualquier caso, el hecho de que sobre el altar las huellas del fuego se encuentren en el lado opuesto al de los vientos dominantes, que en la comarca proceden del suroeste, revela que el aire circulaba libremente por el interior del recinto. Esto explicaría la inexistencia de paredes de cerramiento en al menos dos lados de los tres conocidos hasta ahora en dicha capilla roja.

En las distintas transformaciones que experimentó el Santuario V, el más moderno, algunas tuvieron que ver con la construcción y renovación de “mesas” de barro que podrían haber sido altares propiamente dichos o plataformas auxiliares para el culto. Pero su función aún no está del todo clara. Parecen ser piezas

muy importantes, sobre todo porque su uso se mantuvo todavía después de profundas remodelaciones estructurales del edificio. Algunas de ellas, del tamaño de un simple adobe, fueron respetadas *in situ* incluso mientras se procedía a la construcción de un nuevo santuario. Pero la ausencia del típico *focus*, la oscuridad donde se quemaba la ofrenda, habla en contra de una consideración real de tales piezas como verdaderos altares. Es posible que se destinaran a la colocación de lámparas, de exvotos o de quemaperfumes, pero faltan evidencias que permitan sostener esta lectura. Otras veces, su mayor tamaño parece sugerir la función de mesas de servicios secundarios, como la situada junto al vasar del Santuario IV. Por estar adosadas en algún caso a otras estructuras, sería imposible llevar a cabo a su alrededor cualquier rito de circunvalación, un gesto cultual constatado en las religiones semitas (Trebolle 1997: 90). Esta peculiaridad constituiría otro indicio de que tales plataformas no tuvieron la función de auténticas aras. En cambio, todas las características de la estructura que se localizó en la capilla roja del Santuario III hablan en favor de su catalogación como verdadero altar.

Se trata de una pieza exenta, construida con barro de distintos colores en el centro de la capilla roja más antigua detectada hasta ahora en la fase III, que corresponde al santuario que funcionaba durante el siglo VII a.C. Su forma rectangular, con lados cóncavos y apéndices desarrollados en las esquinas, se ha creído tradicionalmente la imitación de los lingotes de bronce mediterráneos de origen chipriota. Tanto el ejemplar de Coria como otras evidencias parecidas contradicen esta interpretación, y demuestran en cambio que en estos altares se intentó imitar directa y estrechamente una piel de toro, con la que se han relacionado de hecho también los lingotes (Lagarce y Lagarce 1997). Así, los lingotes, los altares, las piezas de orfebrería, los exvotos y otros muchos elementos seguidores de dicho modelo, derivarían genéticamente en paralelo de la piel del animal y representarían en parte la carga simbólica de aquella.

Para levantar el altar de *Caura* se fabricó primero una mesa de planta rectangular de barro de color castaño, parte que hoy ocupa el centro de la obra. A continuación, este bloque en forma de paralelepípedo se enlució con una capa de barro amarillento. Conseguida así una plataforma inicial, sus paredes se pintaron de una fina película roja. Seguidamente, se rodeó todo el bloque de nuevo con una capa de barro blanuzco-amarillento hasta conseguir el modelado de su planta tetrápoda y la protuberancia bicorne de su lado superior. Ésta se fabricó con el mismo tipo de barro amarillento del contorno, mediante un grueso cordón que dejaba en su interior una ligera concavidad. Finalmente, todo el conjunto (laterales del altar, capilla y banco) se pintó de nuevo con ocre rojo de tono co-

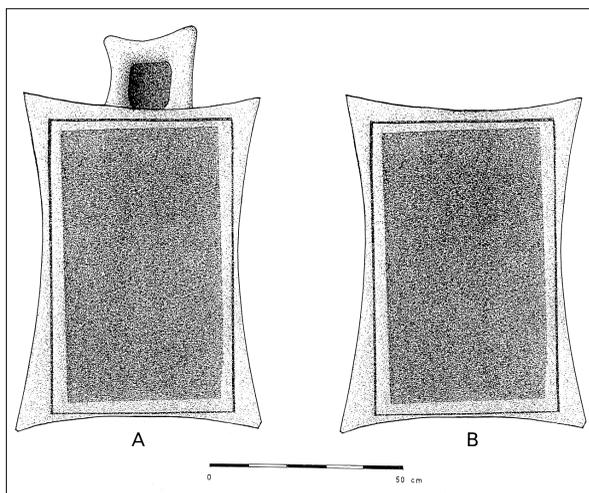


Fig. 6.- Fases A (antigua) y B (reciente) del altar de Coria.

ral. La primera construcción del altar ha quedado provisionalmente registrada como “fase A” (fig. 6).

Este tabernáculo o capilla roja funcionó algún tiempo en tales condiciones, sin que se hayan podido observar especiales remodelaciones de su disposición ni de las estructuras que contenía (fundamentalmente altar y banco colateral). El mantenimiento de dicho espacio se limitó a la aplicación de numerosas nuevas capas de pintura roja que debieron darse con brocha o instrumento parecido. En cualquier caso, cada nueva mano de color era precedida de una película de cal, que por su poco grosor también debió de ser aplicada al parecer con brocha, y que posiblemente permitía una mejor adherencia del pigmento rojo. En alguna ocasión, antes de proceder a pintar de nuevo todo el recinto, se rellenaron de tierra oscura algunas ligeras oquedades producidas en el suelo por el peso de las personas que tenían acceso al mismo. De ahí que durante la excavación se detectaran algunas pequeñas unidades estratigráficas lenticulares entre unas capas de pintura y otras, haciendo pensar a veces de forma engañosa en recrecimientos importantes del nivel del suelo de dicha estancia. Muy cerca del altar, junto al extremo superior derecho, se documentó un círculo negruzco de unos 20 cm de diámetro, huella posible de un elemento cilíndrico de madera hincado en posición vertical. Dicha unidad sedimentaria podría corresponder en principio tanto a la presencia en su día de un objeto ritual como a la marca de algún pilar para sostener la techumbre de la capilla roja. Pero, aun siendo posibles ambas interpretaciones, la excesiva cercanía al altar parece un argumento en contra de la segunda.

En un momento posterior se decidió dotar de mayor altura al pavimento de este recinto. Esta vez se cubrió todo el suelo con una gruesa capa de tierra de relleno, en la que aparecieron algunos fragmentos amorfos de cerámica tosca elaborada a mano, unas

pocas esquirlas de huesos de animales y unas pinzas de bronce para depilación. Este peralte dejó el altar a la mitad de su altura original, y ocultó por completo la protuberancia bicorne de su parte superior. Así, durante esta “fase B” de uso, el ara adquirió una silueta ligeramente distinta a la primitiva, que se acerca más al diseño de los lingotes de bronce chipriotas con los que se han relacionado los altares encontrados en otros santuarios protohistóricos hispanos. Durante esta segunda etapa, y cerca de donde en la “fase A” estuvo el poste de madera con posible función cultural, apareció ahora una pequeña plataforma constituida por un único adobe rectangular. Parece que la textura suelta del barro con que fue construido este elemento y su poca consistencia y dureza deberían haber impedido su uso como podio para soportar objetos de excesivo peso, por lo que cabe descartar que se trate de una posible basa en la que se apoyara algún elemento de sustentación del techo de la capilla. También durante esta remodelación que introduce la “fase B” del altar, se procedió a ensanchar ligeramente el banco colateral que estaba adosado al muro externo del santuario y que servía de límite norte a la capilla roja.

Este altar ha sido extraído para su conservación y exposición en el Museo Arqueológico de Sevilla. Es posible que su restauración depare todavía algunas sorpresas sobre su construcción y uso. No obstante, la parte superior, conocida solo parcialmente aún, muestra un receptáculo aparentemente de planta subcircular o de tendencia oval centrado en su cara superior. Este hueco tiene señales evidentes de haber contenido fuego o ascuas encendidas, pues su fondo está endurecido y muy quemado, casi convertido en un cuenco de cerámica. El uso continuado de este *focus* ha impedido su conservación en las condiciones y forma en que fue construido por vez primera. Es posible que ni siquiera hubiese existido una primitiva oquedad para la incineración de las víctimas y ofrendas, sino que la utilización prolongada y las correspondientes tareas de limpieza fuesen deteriorando la superficie hasta ocasionar indirectamente dicho hoyuelo. El funcionamiento frecuente erosionó más que nada su zona inferior o flanco suroeste, por donde debieron extraerse las cenizas. De hecho, la superficie del altar, que en principio debió de constituir un plano horizontal, presentaba en el momento de su hallazgo cierta pendiente hacia este punto.

En determinado momento, todo este ámbito sagrado fue cubierto intencionadamente con una capa de tierra con abundantes gránulos de cal y casi virgen arqueológicamente. El altar y otros elementos (mesita de adobe auxiliar y banco) fueron escrupulosamente respetados y las capillas rojas se trasladaron ahora a otros sectores del edificio.

A pesar de que se ha pensado recientemente en la similitud entre estos altares y las pieles de toros

(Celestino 1997: 372), el tipo ha sido considerado normalmente el producto de la imitación del lingote oriental de bronce, quizás en parte por la existencia en Chipre a fines del segundo milenio a.C. de un dios supuestamente relacionado con el lingote que tenía su santuario en Enkomi (Ionas 1984: 102-105); de ahí el nombre genérico con el que se les conoce en la bibliografía arqueológica: “altares en forma de lingote”. No obstante, los detalles constructivos de la pieza de Coria, sobre todo los relativos a su forma y a la intencionalidad de sus combinaciones cromáticas, resaltan más las primeras posibilidades interpretativas que las segundas. Tanta meticulosidad en su fabricación y en la búsqueda de contrastes de colores debe obedecer a mensajes simbólicos importantes, de los que el mundo religioso está tan cargado. Curiosamente, los diseños correspondientes a las dos fases de nuestro altar pueden relacionarse estrechamente con la silueta de los dos “pectorales” del tesoro del Carambolo, piezas dotadas de indudable simbolismo sagrado. La búsqueda y el correspondiente hallazgo de claves que permitan acceder a este mensaje inducen a una relectura y distinta traducción de la forma de estas aras. Nuestra hipótesis sostiene que se trata de una imitación directa y real de la piel de un toro, en la forma como tales pellejos se trataban en el mundo antiguo y, en parte, todavía hoy. Nuestra intención es, de momento, pasar a demostrar esta afirmación con los argumentos oportunos, y no ir más allá en la interpretación simbólica o en el análisis de la vinculación de vacas y toros con la iconografía de algunos dioses fenicios o con mitos fundacionales como el de la propia Cartago.

En Egipto medio, el jeroglífico alusivo a la palabra “piel de toro” es un ideograma que recuerda de forma esquemática la forma de estos altares de barro, si bien aparece en dicha grafía un apéndice inferior correspondiente a la cola del animal, un elemento desconocido en los altares (Gardiner 1982: 464). Pero, en la arqueología hispana, la imagen más directa de cómo eran curtidas y tratadas las pieles de toros y cabras, o las zaleas de ovejas, las muestran algunas figurillas votivas de caballos aparecidas en santuarios protohistóricos. Estos animales tienen representadas las correspondientes monturas para poder cabalgar sobre ellos. En tales aparejos ha quedado la foto directa de la forma de trabajar entonces las pieles.

Se procedía primero a recortar la piel completa dándole forma aproximada de X, siendo los extremos del aspa las zonas correspondientes a las cuatro patas del animal. Posteriormente, se delimitaba en el centro una zona rectangular o de forma parecida a la del contorno externo de la piel. En esta parte se conservaba el pelo, mientras que toda la franja externa se rasuraba hasta conseguir un cuero liso y desprovisto de vello. Así, esta orla adquiriría el color amarillento que tienen los pellejos de panderos y tambores. Semejante

tratamiento puede observarse con nitidez en piezas votivas rescatadas en El Cigarralejo (Murcia), y es el mismo que de forma más esquemática presenta el caballo de bronce del santuario de Cancho Roano, en la provincia de Badajoz (Celestino y Jiménez 1996: fig. 16). Nos han llegado del mundo egipcio algunas imágenes que dibujan fielmente estas pieles con el rectángulo central de pelo y los bordes rapados (Delgado 1996: fig. 81).

Es evidente que el altar de Coria quiere seguir muy de cerca esta idea. En este caso se trataría de la piel de un toro de capa castaña o retinta con los contornos en el correspondiente tono amarillo blanuzco del pellejo depilado. En la forma esquemática de la “fase B”, estos altares se prodigaron por otras áreas peninsulares. En algún caso, el contraste cromático entre la zona central y la periférica se plasmó también en fechas posteriores, como ocurre en las cubiertas de tumbas de la necrópolis albaceteña de Los Villares (Blánquez 1992: lám. 2). Pero ya la forma recordaba de sobras su significado, en una tendencia constante hacia una mayor abstracción simbólica. Así, cada vez son más numerosos los testimonios que pueden ser interpretados o reinterpretados como tales altares o como objetos litúrgicos que poseen la misma forma y significado: sendas “bandejas” de bronce aparecidas en La Joya (Garrido y Orta 1978: láms. XXXI-XXXII) y en la Mesa de Gandul (Fernández Gómez 1989), un colgante de oro de la colección del Instituto de Valencia de Don Juan (Kukahn y Blanco 1959: fig. 6), la posible tapadera de cajita en cerámica de la sepultura de El Carpio (Pereira y De Álvaro 1986: 39), un exvoto de barro cocido hallado en Setefilla (Ladrón de Guevara y otros 1992: fig. 13:3), un altar de piedra procedente de Villaricos (Belén 1994: fig. 4:6), unas cubiertas de sepulturas de la necrópolis murciana de Castillejo de los Baños (García Cano 1992: 321), el empedrado que rodea la torre de Pozo Moro (Almagro-Gorbea 1983: fig. 6), el elemento que “decora” el suelo de una estancia del poblado alcantino de época ibérica de El Oral de posible uso religioso (Abad y Sala 1993: 179), unas cajas cinerarias del yacimiento portugués de Neves, en el Alentejo (Maia 1985-86), etc. Alusión especial merecen en esta relación los ya aludidos pectorales del tesoro del Carambolo (Carriazo 1973: fig. 74), sobre todo porque manifiestan, a la vez con fidelidad y con un profundo esquematismo simbólico, cómo se trabajó la piel del toro en este mundo protohistórico. A pesar del alto grado de abstracción que presentan, en estas joyas han quedado reflejadas la silueta del cuero del animal y el reborde libre de pelo que la rodeaba, y en última instancia el trozo de piel correspondiente al cuello, convertido ya en una protuberancia de significado desconocido antes del hallazgo del altar de Coria. Diversos autores han advertido la presencia en

origen de este apéndice también en el pectoral que hoy carece de él (Kuhkan y Blanco 1959: 39; Carriazo 1973: 130; Perea y Armbruster 1998: 127), por lo que ambas piezas respondieron a la forma más antigua y canónica de la piel del toro, la misma que muestra el altar de *Caura* en su fase inicial. A partir de esa silueta, y por un proceso constante de simplificación del signo sin menoscabo del mensaje simbólico que transmitía, los elementos religiosos que imitaban estas pieles acabaron por perder el apéndice alusivo al cuello. Los mismos altares (“fase B” del de Coria), las cubiertas de tumbas (Los Villares de Albacete) y otros emblemas (“decoración” de El Oral), prescindieron de esa parte para convertirse en piezas simétricas desde todos sus costados; pero conservaron en cambio en múltiples casos todavía los contrastes de colores o de tratamiento que reflejaban la diferente manipulación de la piel en su centro y en su contorno.

En efecto, en la “fase A”, la más naturalista del altar, se reconocen aún los elementos que apoyan esta nueva interpretación. Porque la protuberancia bicorne correspondiente al flanco que miraba al orto solar constituye la imitación directa de la piel del cuello de los bóvidos, un elemento que todavía hoy poseen sus cueros cuando se curten para la elaboración de zahones, y que aparece ya en las pieles de toros representadas en el disco de Phaistos. En el caso de Coria, esta zona presenta un pequeño receptáculo en principio contradictorio con la idea de superficie plana que transmite una piel. La excavación de este punto no condujo a ningún hallazgo, pero un altar circular recientemente descubierto en Cancho Roano –fase C– exhibe una protuberancia también bicorne –aunque de silueta triangular– que dispone de una oquedad parecida. Allí, ese hueco contenía un cuenco de cerámica en el que se debió depositar algún líquido durante las ceremonias litúrgicas (Celestino 1997: 373). Por tanto, tal vez el altar de *Caura* contó en su día con un recipiente de cerámica similar, que fue retirado antes del abandono definitivo de la estancia. Si dicha vasija existió, durante los actos de culto pudo contener una muestra de sangre de la víctima sacrificada, y se ubicó por tanto en el sitio preciso donde correspondía, en la base del cuello, el punto por donde los toros eran degollados y desangrados, es decir, por donde se les iba la vida. Ya en el mundo minoico, un altar del palacio de Phaistos muestra figuras de toros y espirales dobles de pintura roja que se han interpretado precisamente como imágenes de las víctimas y de la sangre derramada sobre el ara (Pelon 1984: 69). Tales ofrendas y su correspondiente liturgia no debieron de ser muy distintas de las representadas en un exvoto de bronce ibérico en el que precisamente toda la escena, referida al sacrificio de diversos animales, se dramatiza sobre una piel de bóvido (Obermaier 1921).

No ha presentado especial dificultad dar con toda esta carga simbólica, porque el altar de Coria ofrece elementos suficientes para descubrirla. Tal vez nuestro aporte fundamental sea haber creído desde el principio que en su forma, en sus colores y en los detalles de su uso y construcción, residían importantes mensajes susceptibles de descifrar, y que podrían aportar así una interpretación arqueológica de tipo *emic*, esto es, una lectura coincidente con la idea que los antiguos usuarios del altar entendieron a través de sus características, y similar a su vez a las claves que les permitían codificar y descodificar esos emblemas. Lo demás ha consistido en un simple amarre de cabos sueltos y en la presentación de una hipótesis coherente y verosímil. Dicha hipótesis tiene además como marco la posibilidad de que el altar de Coria, y sobre todo el santuario que lo cobija y el promontorio donde se ubica, estuvieran dedicados a Baal en calidad de divinidad protectora de los navegantes. Pero el desarrollo de esta propuesta final exige dar cuenta previa, al menos de forma escueta, de otras peculiaridades y hallazgos procedentes del recinto sagrado o de su entorno.

Otras actividades y objetos de culto están aún por estudiar en su mayor parte. Tampoco los hallazgos de esta índole son hasta la fecha especialmente abundantes. En cualquier caso, conviene al menos avanzar aquí algunos de estos aspectos, sobre todo porque refuerzan el carácter sagrado del sitio y porque apoyan en cierta medida la hipótesis con la que queremos concluir y la vinculación del santuario a una comunidad oriental de origen fenicio afincada en la paleodesembocadura del Guadalquivir.

Con relación al altar y a la habitación donde éste se ubica, conviene recordar que el propio color rojo con el que ambos se pintaron ha sido precisamente relacionado con estos ambientes más santos dentro del conjunto de los templos. Basten dos muestras relativamente cercanas en cronología y ambiente cultural como ejemplo: Cancho Roano, en Extremadura, y el santuario de Saltillo en Carmona. En el primer caso, los pavimentos rojos están asociados especialmente a los tabernáculos que contenían los altares, en los cuales a veces se combinan con el blanco y rojo de otros elementos arquitectónicos (Celestino 1997: 367-368); en el segundo –sitio que pudo ser excavado en muy poca extensión (Belén y otros 1997: 137)– a una estancia donde se localizó un rico ajuar cerámico y ebúrneo de profundo significado simbólico (Belén y Escacena 1997: 104-109). En cualquier caso, si bien dentro del propio santuario de Coria parece que dichos suelos rojos se reservan para los ambientes sacros más selectos, es cierto que en las unidades domésticas que rodean al templo estos pavimentos de arcilla roja se aplican a estancias que parecen habitaciones normales, según ya vimos. Por tanto, la simple

presencia de tales suelos no puede utilizarse para establecer una diferenciación nítida entre ambientes sagrados y profanos.

Sí parecen sustanciales, sobre todo a la hora de establecer criterios que en el futuro permitan distinguir a los altares propiamente dichos de otras “mesas” de servicios, cuatro peculiaridades fundamentales del ara de Coria: el simbolismo de su forma y de sus colores, la presencia del *focus*, el carácter exento de la construcción y su orientación astronómica. El primero lo relaciona directamente con los bóvidos, animales de profundo significado en la religión fenicia en relación con Baal y Astarté. La segunda característica se explica por la combustión sobre su superficie del fuego que sirvió para la incineración de la víctima, algo que delata de forma muy directa su función. Esto debería esperarse en todos los altares propiamente dichos, al menos en aquellos que hubiesen tenido un mínimo uso como tales, y por tanto nos parece acertada en principio la exclusión del grupo del testimonio de El Oral, en el que los mismos excavadores ven más bien un emblema (Abad y Sala 1997: 91-93). La tercera viene impuesta por la posible necesidad de realizar alrededor del altar determinados ritos de circunvalación, ya se destinasen a la propia sacralización del ara en el momento de su inauguración, ya a su previa purificación cada vez que se ofrecía un sacrificio, ya a la consagración del animal-dios (o porción de él) inmolado durante la liturgia. La cuarta característica es sin duda también un aspecto sustancial. Ya hemos advertido que el eje longitudinal del altar de Coria está orientado al naciente solar del 21 de junio, en coincidencia con el solsticio de verano. Esto explica tal vez la leve variación que dicho eje presenta en relación con el muro perimetral del santuario al que está adosada la capilla roja. Por lo conocido hasta ahora de la fase más antigua de construcción del templo, fechada hacia el siglo VIII a.C., es posible que la planta primitiva estuviera bien orientada hacia esta posición astronómica. Pero el crecimiento en vertical de los depósitos antrópicos, fenómeno que causaba la paulatina elevación del *tell* y la constante necesidad de reconstruir el edificio, originó leves desplazamientos en las nuevas fases del recinto como resultado de readaptaciones topográficas y urbanísticas. En consecuencia, la solución pasó por respetar la orientación canónica que imponía el dogma al menos en aquellos elementos culturales de mayor importancia que constantemente debían ser repuestos. La necesidad ritual de obedecer esta disposición astronómica, reconocida en la orientación cósmica al Sol naciente de otros muchos santuarios protohistóricos (Moneo 1995: 248), puede ser la razón que explica los desajustes entre los ejes longitudinales de los *sancta* y altares y los de los edificios que los acogen. De hecho, las orientaciones de algunos de estos tabernáculos, altares y emblemas



Lám. VIII.- Anverso y reverso del escarabeo de pasta blanca hallado junto a la fachada del Santuario IV. (Foto Mario Fuentes).

de santuarios hispanos muestran parecidas desviaciones respecto al norte, una circunstancia que ha sido advertida en ocasiones por los propios excavadores. Cancho Roano, Coria y El Oral, entre otros sitios, dan buena cuenta del fenómeno. No es nuestra intención entrar ahora en la profundización que exigen todas estas peculiaridades, sobre todo porque rebasaríamos los límites que nos hemos marcado en el presente trabajo. Sin embargo, tampoco podían ser soslayadas por completo, ya que aportan sustanciales connotaciones a la interpretación histórica del sitio. Parecidas circunstancias rodean a otras características del santuario que exigen una mínima referencia final.

Fuera del propio recinto sagrado, aunque junto a su pared norte, se ha localizado un potente estrato de cenizas que corresponde al momento de uso del Santuario IV, fechado en torno al siglo VI a.C. Este nivel parece un área no cubierta donde se depositaban al parecer los restos de las ofrendas y de los sacrificios. Son abundantes en él distintos vasos de cerámica gris, de barniz rojo y bícromos, entre los que figuran cuencos hemisféricos de borde engrosado por la cara interna, *phíthoi* y urnas de tipo Cruz del Negro, además de bocas y cuellos de recipientes que pudieron tener silueta caliciforme. En el mismo paquete estratigráfico se han reconocido abundantes restos de bóvidos y de otros animales de menor porte aún por estudiar. Todos estos detritos, aunque rotos, no alcanzan el alto grado de fragmentación y erosión que exhiben las basuras de la calle adyacente, por lo que parecen corresponder a un espacio de acceso limitado y área de servicio del propio santuario.

A distintos momentos de uso del edificio, aunque siempre dentro del Periodo Orientalizante, corresponde el hallazgo de trozos de cáscaras de huevo de avestruz impregnados por su interior de ocre rojo (lám. VIII). Aparecieron tanto en el interior del templo como en sus inmediatos alrededores. Dos escarabeos, en fin, uno hallado en los niveles más recientes del Santuario III y otro en la calle, junto al muro que interpretamos como fachada, completan el repertorio

de objetos sagrados dignos de relacionar en esta primera valoración del sitio. Es posible, no obstante, que tanto las lucernas de barniz rojo como el vasar localizado en el Santuario III no sean meros elementos utilitarios, sino que tuvieran estrecha relación con objetos y servicios para el culto.

Entre los pocos objetos metálicos hasta ahora descubiertos figuran unas pinzas de bronce y algunos fragmentos de cuchillos afalcatados de hierro. Ambos elementos pueden ponerse sin duda en relación con las necesidades del culto: la tonsura y depilación ritual de los sacerdotes y los puñales de sacrificio (Chapa 1997: 192-193).

5.4. La Necrópolis

El cementerio de la Coria tartésica está aún por investigar desde el punto de vista arqueológico. En el cauce del Guadalquivir ha aparecido una espada del Bronce Final que, por haberse encontrado a la altura de las antiguas ciudades de *Caura* y *Orippe*, podría pertenecer a gentes vinculadas a alguno de estos dos enclaves (Belén 1993: 36). Este hallazgo permite sospechar, usando la hipótesis de trabajo que ve en las armas arrojadas a las aguas el testimonio directo de ajuares funerarios (Belén y Escacena 1995b: 110), que la población local depositó en el río a sus difuntos, quemados o no de antemano. De ser acertada esta conjetura, los testimonios indirectos de sepulturas localizadas en el Cerro de Cantalobos, pertenecientes todos al Periodo Orientalizante, hablarían de una pequeña necrópolis al Noroeste de la ciudad que sólo acogió enterramientos durante el Hierro Antiguo.

En efecto, todos esos documentos encontrados en superficie, o sacados a la luz por diversas remociones del terreno llevadas a cabo para levantar viviendas y otros servicios de la Coria actual, hablan de posibles sepulturas: fragmentos de vasos *à chardon* a mano, platos fenicios de barniz rojo (inéditos), broche de cinturón de bronce (Ruiz Mata 1977: 98-108), etc. Como en tantos otros sitios de la Baja Andalucía, faltan aquí también las tumbas de la fase turdetana postartésica, una laguna que se ha atribuido a la práctica de ritos funerarios que escapan al registro arqueológico evidente (Escacena y Belén 1994: 259-262). En consecuencia, este pequeño cementerio, que sólo duró lo que el barrio fenicio y el santuario estudiados más arriba, puede ser vinculado étnica y culturalmente a la comunidad oriental que a partir del siglo VIII a.C. se asentó en el poblado tartésico de *Caura*. Esta propuesta conduce desde luego a un choque frontal con la interpretación más extendida para las sepulturas de Época Orientalizante halladas en Tartessos, que se tienen por lo común por tumbas de la aristocracia indígena (Aubert 1984, 1995; Ruiz Delgado 1989; Torres 1999); pero hemos asumido desde hace ya algu-

nos años una seria duda sobre esta lectura del registro funerario que suministran los cementerios bajoandaluces de la primera Edad del Hierro (Escacena 1989: 467). De hecho, desde que Bonsor excavara en la necrópolis carmonense de La Cruz del Negro (Bonsor 1899: 76-88), una línea de interpretación, minoritaria desde luego en cuanto a sus partidarios, ha visto siempre a gentes orientales enterradas en tales sepulturas.

6. PAISAJE SAGRADO Y PROFANO DE LA COLONIZACIÓN FENICIA EN LA ANTIGUA DESEMBOCADURA DEL GUADALQUIVIR

El panorama que hoy dibujan los hallazgos de Coria, unido a unas cuantas relecturas de la documentación procedente de otros enclaves cercanos como El Carambolo o la propia Sevilla, es muy distinto del que han defendido hasta ahora muchos historiadores y arqueólogos. Así, nuestra propuesta sostiene que los fenicios, que desde finales del siglo IX o comienzos del VIII a.C. habían asentado una comunidad importante en *Gadir*, pusieron sus miras muy pronto en la gran vía de penetración hacia el interior de Tartessos que suponía el Guadalquivir. Los intereses económicos de la colonización fueron los que condujeron a este grupo a establecer una colonia en Sevilla (*Spal > Hispalis*), justo en el punto de máxima penetración posible de los barcos marítimos por el estuario del río, razón que explica la fundación de esta ciudad y su posterior auge sobre todos los demás puertos fluviales del entorno. A su vez, colocaron frente al nuevo emporio un importante santuario dedicado a Astarté (El Carambolo), al que se podía acceder cruzando el amplio cauce del Guadalquivir en dirección a Poniente hasta alcanzar la cornisa oriental del Aljarafe. Más al Sur, unas cuantas familias se asentaron río abajo junto a los tartesios de *Caura*, lugar que disponía de un emplazamiento privilegiado al controlar la desembocadura del río en la amplia ensenada que la *Ora Maritima* cita como Golfo Tartésico. Aquí, los fenicios consagraron un templo a Baal Saphón, patrón de los marineros y protector de los navegantes. Así, casi todo el paleoestuario del Guadalquivir acabó diseñado como un paisaje colonial que se perpetuó hasta el siglo VI a.C., cuando desaparece el barrio fenicio de Coria, su santuario y su necrópolis, y cuando finaliza también su vida El Carambolo con el episodio de violencia final del que da buena cuenta la ocultación del tesoro que ha dado fama al yacimiento.

Si esta interpretación puede ser sostenida con la información que proporcionan los datos arqueológicos reunidos hasta la fecha, algunos de estos sitios hasta ahora desprovistos de nombre antiguo comien-

zan a poder ser bautizados con los topónimos que el mismo Avieno recogió del viejo poema que le sirvió de inspiración. Porque el *Mons Cassius* puede identificarse sin grandes dificultades con el cabezo que ocupaba el poblado tartésico de *Caura*, como ha sugerido M. Belén (1993: 49), y, en consecuencia, El Carambolo con el *Fani Prominens*, el monte sagrado dedicado a Astarté (Avieno, *Or. Mar.* 259-261). Desde estos templos, y tal vez desde otros todavía por

identificar, pero también desde los asentamientos portuarios de la comarca, la colonización fenicia logró instalarse en las puertas de Tartessos hasta la rebelión turdetana de fines del siglo VI a.C., que, personalizada en los acontecimientos encabezados por el rey Therón y recogidos por Macrobio (1, 20, 15), inauguró un nuevo sistema de relaciones coloniales entre la comunidad indígena y los fenicios de Cádiz.

NOTAS

¹ Agradecemos la noticia a D. Virginio Carvajal, quien nos ha suministrado otros muchos datos de la arqueología local.

² Una primera excepción la constituye el yacimiento de época tartésica del Cerro de la Albina, en La Puebla del Río, muy cerca del que ahora estudiamos, que cuenta con un análisis arqueozoológico aún en prensa debido a E. Bernáldez. Sobre este sitio, que hemos excavado como actuación de urgencia del *Proyecto Estuario*, puede consultarse un avance en Escacena y Henares (1994).

³ En términos biológicos, “población residente” es toda aquella que está ya en un lugar a la llegada de otra. Esto no presupone que dicho grupo previo tenga su origen ancestral en ese mismo sitio; por el contrario, admite la posibilidad de que su procedencia sea a su vez foránea. En la historiografía sobre el mundo protohistórico andaluz, comúnmente se han usado más los términos “autóctona” o “indígena” para referirse a la gente que habitaba la región antes de la llegada de los fenicios. Sin embargo, en la literatura arqueológica estos otros calificativos contienen una carga autoctonista de la que aquí convendría huir a pesar de que sean usados en determinado momento.

⁴ Si bien los autores de la excavación estiman la inauguración del hábitat en un ambiente indígena precolonial, señalan en ese mismo

contexto (Domínguez y otros 1988: 127) “que ya hay tímidos indicios de la influencia fenicia a través de sus colonias (Cádiz)”. Uno de los testimonios que hacen evidente el funcionamiento de la colonización es un fragmento de cerámica a torno aparecido en el estrato inferior del corte AI (Ibid.: lám. LVIII-778).

⁵ Estos otros documentos, pertenecientes ya a una fase protohistórica de la ciudad, permanecen en gran parte inéditos.

⁶ Los hallazgos han dado como resultado la decisión política e administrativa de preservar la zona arqueológica e impedir su ocupación urbana, para lo que se ha procedido a la incoación del oportuno expediente de B.I.C. y a la delimitación de su Entorno de protección.

⁷ Las excavaciones arqueológicas en este sector del yacimiento se iniciaron como intervención de urgencia previa a la construcción de un colegio de E.G.B. promovido por el Ayuntamiento de Coria del Río y la Delegación Provincial de Sevilla de la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía. La valoración que hemos emitido en el informe preceptivo a la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía desestima la construcción proyectada a fin de preservar los edificios antiguos y la importante documentación que todavía contienen.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD, L.; SALA, F. (1993): *El Poblado Ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*. Trabajos Varios del S.I.P., 90, Diputación Provincial de Valencia, Valencia.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1983): Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto sociocultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica. *Madridier Mitteilungen*, 24: 177-293.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; FONTES, F. (1997): The introduction of wheel-made pottery in the Iberian Peninsula: mycenaean or pre-orientalizing contacts? *Oxford Journal of Archaeology*, 16(3): 345-361.
- ARTEAGA, O.; SCHULZ, H.D.; ROOS, A.-M. (1995): El problema del ‘Lacus Ligustinus’. Investigaciones geoaquológicas en torno a las Marismas del Bajo Guadalquivir. *Tartessos 25 Años Después, 1968-1993, Jerez de la Frontera*, Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, Jerez de la Frontera: 99-135.
- AUBET, M.E. (1984): La aristocracia tartésica durante el Periodo Orientalizante. *Opus*, VI: 445-468.
- AUBET, M.E. (1992-93): Maluquer y El Carambolo. *Tabona*, VIII, II: 329-349.
- AUBET, M.E. (1994): *Tiro y las Colonias Fenicias de Occidente*. Crítica, Barcelona.
- AUBET, M.E. (1995): Aproximación a la estructura social y demográfica tartésica. *Tartessos 25 Años Después, 1968-1993*, Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, Jerez de la Frontera: 401-409.
- AUBET, M.E.; SERNA, M.R.; ESCACENA, J.L.; RUIZ DELGADO, M.M. (1983): *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*. Excavaciones Arqueológicas en España 122, Ministerio de Cultura, Madrid.
- BELÉN, M. (1986): Importaciones fenicias en Andalucía Occidental. *Los Fenicios en la Península Ibérica* (G. del Olmo y M.E. Aubet, dir.), II, AUSA, Sabadell: 263-278.
- BELÉN, M. (1993): Mil años de historia de Coria: la ciudad prerromana. *Arqueología de Coria del Río y su Entorno* (J.L. Escacena, coord.), Ayuntamiento de Coria del Río, *Azotea*, 11-12: 35-60.

- BELÉN, M. (1994): Aspectos religiosos de la colonización fenicio-púnica en la Península Ibérica. Las estelas de Villaricos (Almería). *Spal*, 3: 257-279.
- BELÉN, M.; ANGLADA, R.; ESCACENA, J.L.; JIMÉNEZ, A.; LINEROS, R.; RODRÍGUEZ, I. (1997): *Arqueología en Carmona (Sevilla). Excavaciones en la Casa-Palacio del Marqués de Saltillo*. Junta de Andalucía, Sevilla.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J.L. (1992): Las comunidades prerromanas de Andalucía occidental. *Paleoetnología de la Península Ibérica* (M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero, eds.), Complutum Extra 2-3, Universidad Complutense, Madrid: 65-87.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J.L. (1995a): Interacción cultural fenicios-indígenas en el Bajo Guadalquivir. *Arqueólogos, Historiadores y Filólogos. Homenaje a Fernando Gascó*, tomo I, *Kolaios. Publicaciones Ocasionales*, 4: 67-101.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J.L. (1995b): Acerca del horizonte de la Ría de Huelva. Consideraciones sobre el final de la Edad del Bronce en el Suroeste Ibérico. *Ritos de Paso y Puntos de Paso. La Ría de Huelva en el Mundo del Bronce Final Europeo* (M. Ruiz-Gálvez, ed.), Complutum Extra 5, Universidad Complutense, Madrid: 85-113.
- BELÉN, M.; ESCACENA, J.L. (1997): Testimonios religiosos de la presencia fenicia en Andalucía occidental. *Spal*, 6: 103-131.
- BELÉN, M.; PEREIRA, J. (1985): Cerámicas a torno con decoración pintada en Andalucía. *Huelva Arqueológica*, VII: 307-360.
- BENDALA, M. (1977): Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos. *Habis*, 8: 177-205.
- BENDALA, M. (1986): La Baja Andalucía durante el Bronce Final. *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Junta de Andalucía, Sevilla: 530-536.
- BLANCO, A. (1976): Cerámica ibérica de Andalucía y Levante. *Cuadernos del Seminario de Estudios Cerámicos de Sargadelos*, 14: 7-18.
- BLANCO, A.; LUZÓN, J.M.; RUIZ MATA, D. (1970): *Excavaciones Arqueológicas en el Cerro Salomón (Riotinto, Huelva)*. Universidad de Sevilla, Sevilla.
- BLÁNQUEZ, J. (1992): Las necrópolis ibéricas en el sureste de La Meseta. *Congreso de Arqueología Ibérica. Las Necrópolis* (J. Blánquez y V. Antona, coords.), Serie *Varia I*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 235-278.
- BONSOR, G. (1899): *Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Bétis*. Revue Archéologique, XXXV, París.
- BORJA, F.; DÍAZ DEL OLMO, F. (1994): Fases de aluvionamiento reciente y paisajes históricos. *Arqueología en el Entorno del Bajo Guadiana. Actas del Encuentro Internacional de Arqueología del Suroeste* (J.M. Campos y otros, eds.), Junta de Andalucía-Universidad de Huelva, Huelva: 15-25.
- BRADLEY, R. (1990): *The Passage of Arms. An Archaeological Analysis of Prehistoric Hoards and Votive Deposits*. Cambridge University Press, Cambridge.
- BUERO, M.S.; GUERRERO, L.J.; IGLESIAS, E.; VENTURA, J.J. (1978): Yacimiento del Bronce en Santa Eufemia. *Archivo Hispalense*, 2ª época, LXI, nº 186: 59-64.
- CAMPOS, J.M.; VERA, M.; MORENO, M.T. (1988): *Protohistoria de la Ciudad de Sevilla. El corte estratigráfico San Isidoro 85-6*. Monografías de Arqueología Andaluza / 1, Junta de Andalucía, Sevilla.
- CARO, R. (1634): *Antigvedades, y Principado de la Ilvstrissima Cividad de Sevilla. Y Chorographia de sv Convento Ivridico, o Antigua Chancilleria*. Andres Grande Impresor de Libros, Sevilla.
- CARO, A.; ACOSTA, P.; ESCACENA, J.L. (1986): Informe sobre la prospección arqueológica con sondeo estratigráfico en el solar de la calle Alcazaba (Lebrija, Sevilla). *Anuario Arqueológico de Andalucía 1986. II, Actividades Sistemáticas*, Junta de Andalucía, Sevilla: 168-174.
- CARRIAZO, J. DE M. (1970): *El Tesoro y las Primeras Excavaciones en «El Carambolo» (Camas, Sevilla)*. Excavaciones Arqueológicas en España 68, Ministerio de Cultura, Madrid.
- CARRIAZO, J. DE M. (1973): *Tartessos y El Carambolo*. Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid.
- CASTRO, P.V.; LULL, V.; MICÓ, R. (1996): *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*. BAR Intern. Ser. 652, Oxford.
- CELESTINO, S. (1994): Los altares en forma de "lingote chipriota" de los santuarios de Cancho Roano. *Revista de Estudios Ibéricos*, 1. *La escultura ibérica*: 291-310.
- CELESTINO, S. (1997): Santuarios, centros comerciales y paisajes sacros. *Espacios y Lugares Culturales en el Mundo Ibérico*, en *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 18: 359-389.
- CELESTINO, S.; JIMÉNEZ, J. (1996): El palacio santuario de Cancho Roano V -el sector oeste-. *El Palacio-Santuario de Cancho Roano V-VI-VII. Los sectores oeste, sur y este* (S. Celestino, ed.), Junta de Extremadura, Madrid: 13-222.
- COLLANTES DE TERÁN, F. (1977): *Contribución al Estudio de la Topografía Sevillana en la Antigüedad y en la Edad Media*. CSIC, Sevilla.
- CORREA, J.A. (1985): *La Inscripción en Escritura Tartesia de Alcalá del Río*. Fundación Marcos García Merchante, Alcalá del Río.
- CORREA, J.A. (1994): El topónimo *Ilipa* (Alcalá del Río, Sevilla). *Homenaje al Profesor Presedo* (P. Sáez y S. Ordóñez, eds.), Universidad de Sevilla, Sevilla: 333-340.
- CHAPA, T. (1997): El sacerdocio en época ibérica. *Spal*, 6: 187-203.
- CHAVES, F. (1993): La amonedación de Caura. *Arqueología de Coria del Río y su Entorno* (J.L. Escacena, coord.), Azotea, 11-12, Ayuntamiento de Coria del Río: 65-74.
- CHAVES, F.; DE LA BANDERA, M.L. (1991): Aspectos de la urbanística en Andalucía occidental en los s. VII-VI a.C. a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla). *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punicis II*, Roma: 691-714.
- DEL AMO, M. (1975): Enterramientos en cista de la provincia de Huelva. *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*, Editora Nacional, Madrid: 109-182.
- DELGADO, C. (1996): *El Toro en el Mundo Mediterráneo. Análisis de su presencia y significado en las grandes culturas del mundo antiguo*. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- DÍAZ DEL OLMO, F. (1989): Paleogeografía tartésica. *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadal-*

- quivir* (M.E. Aubet, coord.), AUSA, Sabadell: 13-23.
- DÍAZ TEJERA, A. (1982): *Sevilla en los Textos Clásicos Greco-Latinos*. Ayuntamiento de Sevilla, Sevilla.
- DOMÍNGUEZ, C.; CABRERA, P.; FERNÁNDEZ JURADO, J. (1988): Cerro de la Cabeza (Santiponce, Sevilla). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 30: 119-186.
- ESCACENA, J.L. (1983): Problemas en torno a los orígenes del urbanismo a orillas del Guadalquivir. *Gades*, 11: 39-83.
- ESCACENA, J.L. (1986): OSSET IVLIA CONSTANTIA: San Juan de Aznalfarache (Sevilla). *Habis*, 17: 539-547.
- ESCACENA, J.L. (1989): Los Turdetanos o la recuperación de la identidad perdida. *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir* (M.E. Aubet, coord.), AUSA, Sabadell: 433-476.
- ESCACENA, J.L. (1992): Indicadores étnicos en la Andalucía prerromana. *Spal*, 1: 321-343.
- ESCACENA, J.L. (coord.) (1993): *Arqueología de Coria del Río y su Entorno*. Azotea 11-12, Ayuntamiento de Coria del Río.
- ESCACENA, J.L. (1995): La Etapa Precolonial de Tartessos. Reflexiones sobre el «Bronce» que nunca existió. *Tartessos 25 Años Después, 1968-1993, Jerez de la Frontera*, Ayuntamiento de Jerez de la Frontera, Jerez de la Frontera: 179-214.
- ESCACENA, J.L.; BELÉN, M. (1994): Sobre las necrópolis turdetanas. *Homenaje al Profesor Presedo* (P. Sáez y S. Ordóñez, eds.), Universidad de Sevilla, Sevilla: 237-265.
- ESCACENA, J.L.; BELÉN, M. (1997): En poblamiento en la Baja Andalucía durante los siglos V-IV a.C. *La Andalucía Ibero-Turdetana (siglos VI-IV a.C.)* (J. Fernández Jurado y otros, eds.), *Huelva Arqueológica*, XIV: 31-59.
- ESCACENA, J.L.; HENARES, M.T. (1994): Un fondo de cabaña de época tartésica en La Puebla del Río (Sevilla). Intervención Arqueológica de Urgencia. *Anuario Arqueológico de Andalucía / 1994 - III, Actividades de Urgencia*, Junta de Andalucía, Sevilla: 504-510.
- ESCACENA, J.L.; IZQUIERDO, R. (1994): Proyecto Estuario. Intervención Arqueológica de 1994. *Anuario Arqueológico de Andalucía / 1994 - II, Actividades Sistemáticas*, Junta de Andalucía, Sevilla: 161-166.
- ESCACENA, J.L.; RODRÍGUEZ DE ZULOAGA, M.; LADRÓN DE GUEVARA, I. (1996): *Guadalquivir Salobre. Elaboración prehistórica de sal marina en las antiguas bocas del río*. Confederación Hidrográfica del Guadalquivir, Sevilla.
- FERNÁNDEZ CARO, J.J.; GAVILÁN, B. (1995): Yacimientos neolíticos en el río Corbones (Sevilla). *Spal*, 4: 25-67.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1982): Nuevos asadores de bronce en el Museo Arqueológico de Sevilla. *Trabajos de Prehistoria*, 39: 389-399.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1989): La fuente orientalizante de El Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla). *Archivo Español de Arqueología*, 62: 199-218.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F.; GUERRERO, L.J.; VENTURA, J.J.; DE LA HOZ, A.; DE LA SIERRA, J.A.; ALCÁZAR, J.; SUÁREZ, A. (1997): *Orippe en la Antigüedad. Las Excavaciones Arqueológicas de 1979 a 1983*. Ayuntamiento de Dos Hermanas, Dos Hermanas.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F.; OLIVA, D. (1980): Los ídolos calcolíticos del Cerro de la Cabeza (Valencina de la Concepción, Sevilla). *Madrid Mitteilungen*, 21: 20-44.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F.; OLIVA, D. (1985): Excavaciones en el yacimiento calcolítico de Valencina de la Concepción (Sevilla). El corte C ("La Perra"). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 25: 7-131.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F.; RUIZ MATA, D.; DE SANCHA, S. (1976): Los enterramientos en cistas del cortijo de Chichina (Sanlúcar la Mayor, Sevilla). *Trabajos de Prehistoria*, 33: 351-386.
- GARCÍA CANO, J.M. (1992): Las necrópolis ibéricas en Murcia. *Congreso de Arqueología Ibérica: las Necrópolis* (J. Blánquez y V. Antona, coords.), Serie *Varia I*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 313-347.
- GARCÍA SANZ, C. (1988-89): El urbanismo protohistórico de Huelva. *Huelva Arqueológica*, X-XI,3: 143-175.
- GARDINER, A. (1982): *Egyptian Grammar*. Oxford University Press, Oxford.
- GARRIDO, J.P.; ORTA, E.M. (1978): *Excavaciones en la Necrópolis de "La Joya", Huelva. II. (3ª, 4ª y 5ª campañas)*. Excavaciones Arqueológicas en España, 96, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid.
- GAVALA, J. (1959): *La Geología de la Costa y Bahía de Cádiz y el poema "Ora Marítima", de Avieno*. Instituto Geológico y Minero de España, Madrid. Nueva edición facsímil por la Diputación Provincial de Cádiz, Cádiz, 1992.
- IONAS, I. (1984): L'architecture religieuse au Chypriote Récent (Kition et Enkomi). *Temples et Sanctuaires* (G. Roux, dir.), *Travaux de la Maison de l'Orient*, 7, Lyon: 97-105.
- IZQUIERDO, R. (1997): Sobre la copelación de la plata en el mundo tartésico. *Spal*, 6: 87-101.
- JIMÉNEZ, A. (1994): Nuevos datos para la definición de la etapa final del Bronce en Carmona (Sevilla). *Spal*, 3: 145-177.
- JODIN, A. (1975): *Recherches sur la Metrologie du Maroc Punique et Hellénistique*. Ed. Marocaines et Internationales, Tanger.
- KUKAHN, E.; BLANCO, A. (1959): El tesoro de "El Carambolo". *Archivo Español de Arqueología*, XXXII: 38-49.
- LAGARCE, J.; LAGARCE, E. (1997): Les lingots «en peau de boeuf», objets de commerce et symboles idéologiques dans le monde méditerranéen. *Reppal*, X: 73-97.
- LADRÓN DE GUEVARA, I.; SÁNCHEZ, M.; RODRÍGUEZ DE ZULOAGA, M.; LAZARICH, M. (1992): Materiales inéditos de Setefilla (Lora del Río, Sevilla). *Spal*, 1: 293-312.
- LAVADO, M.L. (1987): Carta arqueológica de la margen izquierda de la desembocadura del Guadalquivir: Sanlúcar (norte) y Trebujena. *Anuario Arqueológico de Andalucía / 1987 - III, Actividades de Urgencia*, Junta de Andalucía, Sevilla: 126-133.
- LIPINSKI, E. (1984): Vestiges phéniciens d'Andalousie. *Orientalia Lovaniensia Periodica*, 15: 81-132.
- MAIA, M.G.; PEREIRA, J. (1985-1986): Dois larnakes da Idade do Ferro do Sul de Portugal. *Stvdia Palaeohispanica* (J. Gorrochategui, ed.), Actas del IV Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas en *Veleia*, 2-3: 223-242.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1960): Nuevas orientaciones en el problema de Tartessos. I *Symposium de Prehistoria*

- Peninsular Ibérica*, Universidad de Barcelona, Pamplona: 273-301.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J.C. (1989): El Bronce en el Valle Medio del Guadalquivir. *Tartessos. Arqueología Protohistórica en el Bajo Guadalquivir* (M.E. Aubet, coord.), AUSA, Sabadell: 121-143.
- MEDEROS, A. (1996): La cronología absoluta de Andalucía occidental durante la Prehistoria reciente. *Spal*, 5: 45-86.
- MENANTEAU, L. (1982): *Les Marismas du Guadalquivir, Exemple de Transformation d'un Paysage Alluvial au Cours du Quaternaire Récent*. Université de Paris-Sorbonne, Paris.
- MENANTEAU, L.; VANNEY, L.-R. (1985): El cauce del bajo Guadalquivir: morfología, hidrología y evolución histórica. *El Río. El Bajo Guadalquivir*, Ayuntamiento de Sevilla, Madrid: 116-127.
- MONEO, M.T. (1995): Santuarios urbanos en el mundo ibérico. *Complutum*, 6: 245-255.
- MONTET, P. (1964): Le rituel de fondation des temples égyptiens. *Kémi*, XVII: 75-100.
- OBERMAIER, H. (1921): Bronce ibérico representando un sacrificio. *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 29: 130-142.
- PADILLA, A. (1993): Caura: el topónimo. *Arqueología de Coria del Río y su Entorno* (J.L. Escacena, coord.), Azotea 11-12, Ayuntamiento de Coria del Río: 63-64.
- PELLICER, M. (1976-78): Problemática general de los inicios de la iberización en Andalucía occidental. *Ampurias*, 38-40: 3-22.
- PELLICER, M. (1989): El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía occidental. *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir* (M.E. Aubet, coord.), AUSA, Sabadell: 147-187.
- PELLICER, M.; ESCACENA, J.L.; BENDALA, M. (1983): *El Cerro Macareno*. Excavaciones Arqueológicas en España 124, Ministerio de Cultura, Madrid.
- PELON, O. (1984): Le palais minoen en tant que lieu de culte. *Temples et Sanctuaires* (G. Roux, dir.), *Travaux de la Maison de l'Orient*, 7, Lyon: 61-79.
- PEREA, A.; ARMBRUSTER, B. (1998): Cambio tecnológico y contacto entre Atlántico y Mediterráneo: el depósito de "El Carambolo", Sevilla. *Trabajos de Prehistoria*, 55 (1): 121-138.
- PEREIRA, J.; DE ÁLVARO, E. (1986): Aportes orientalistas en el valle del Tajo. Una tumba de la transición Bronce-Hierro: El Carpio (Belvis de la Jara, Toledo). *Revista de Arqueología*, 62: 29-39.
- POLANYI, K. (1975): Traders and trade. *Ancient Civilization and Trade* (J.A. Sabloff y C.C. Lamberg-Karlovsky, eds.), University of New Mexico Press, Albuquerque: 133-154.
- RAMOS, J.; SANTIAGO, A.; MOLINA, M.I.; MATA, E.; GONZÁLEZ, R.; AGUILERA, L.; GUTIÉRREZ, J.M. (1989): *Arqueología en Jerez. Primera aproximación al estudio de las industrias líticas de su prehistoria reciente*. Biblioteca de Urbanismo y Cultura, Jerez de la Frontera.
- REVERE, R.B. (1976): «Tierra de nadie»: los puertos comerciales del Mediterráneo oriental. *Comercio y Mercado en los Imperios Antiguos* (K. Polanyi y otros, dirs.), Labor, Barcelona: 87-110.
- RODRÍGUEZ DE GUZMÁN, S.; CÁCERES, P. (1988): Informe de la prospección arqueológica superficial del término municipal de Aznalcázar (Sevilla). *Anuario Arqueológico de Andalucía / 1988 - III, Actividades de Urgencia*, Junta de Andalucía, Sevilla: 377-381.
- RUIZ DELGADO, M.M. (1989): Las necrópolis tartésicas: prestigio, poder y jerarquías. *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir* (M.E. Aubet, coord.), AUSA, Sabadell: 247-286.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. (1995): Cronología de la Ría de Huelva en el marco del Bronce Final de Europa Occidental. *Ritos de Paso y Puntos de Paso. La Ría de Huelva en el Mundo del Bronce Final Europeo* (M. Ruiz-Gálvez, ed.), *Complutum Extra*, 5: 79-83.
- RUIZ-GÁLVEZ, M. (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de Europa occidental*. Crítica, Barcelona.
- RUIZ MATA, D. (1977): Materiales de arqueología tartésica: un jarro de Alcalá del Río (Sevilla) y un broche de cinturón de Coria del Río (Sevilla). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 4: 68-127.
- RUIZ MATA, D. (1978-79): Nuevos yacimientos campaniformes en la provincia de Sevilla. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 5-6: 41-57.
- RUIZ MATA, D. (1983): El yacimiento de la Edad del Bronce de Valencina de la Concepción (Sevilla) en el marco cultural del Bajo Guadalquivir. *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. Prehistoria y Arqueología*, Caja de Ahorros de Córdoba, Córdoba: 183-208.
- SANMARTÍN, J. (1994): Toponimia y antroponimia: fuentes para el estudio de la cultura púnica en España. *El Mundo Púnico. Historia, Sociedad y Cultura* (A. González Blanco y otros, coords.), *Coloquios de Cartagena*, I, Editora Regional de Murcia, Murcia: 227-247.
- SCHULTEN, A. (1955): *Fontes Hispaniae Antiquae I*. Universidad de Barcelona, Barcelona.
- SERNA, M.R. (1989): El vaso campaniforme en el Valle del Guadalquivir. *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir* (M.E. Aubet, coord.), AUSA, Sabadell: 47-84.
- STORCH, J.J. (1989): *La Fíbula en la Hispania Antigua: las fíbulas protohistóricas del suroeste peninsular*. Universidad Complutense, Madrid.
- TORRES, M. (1999): *Sociedad y Mundo Funerario en Tartessos*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 3, Real Academia de la Historia, Madrid.
- TREBOLLE, J. (1997): El monoteísmo y el aniconismo bíblico en relación con la iconografía israelita y con los cultos anicónicos del mundo semítico. *De la Ruina a la Afirmación. El entorno del Reino de Israel en el siglo VIII a.C.* (S. Ausín, dir.), Verbo Divino, Estella: 77-100.
- VANNEY, L.-R. (1970): *L'Hydrologie du Bas Guadalquivir*. CSIC, Madrid.